



CR863.44

Z25c Zamora Castro, Álvaro

Cuentos corruptos / Álvaro Zamora Castro. -- primera edición -- San José,
Costa Rica : Master Litho, 2020.
164 páginas ; 19 x 13 centímetros

ISBN 978-9930-598-01-6

1. CUENTOS COSTARRICENSES. 2. LITERATURA COSTARRICENSE.
I. Título.

a Gaby y a Bracci



Cuentos corruptos

Álvaro Zamora
CUENTOS CORRUPTOS

ÍNDICE

Recomendación	8
La vigésimo quinta bala	10
Odalys y el zapatero	14
Corromper las sombras	20
Deudas incobrables	26
La cédula	34
Un verdadero infierno	40
Mi Gerente	44
School bus destartalado	46
Detalle comprensible, pero injusto	50
Un peine caro	54
Suciedad en los zapatos	58
Carterista casi honrado	62
Anteojeras de caballo	66
Casa por bendición	70
Un hombre con machete	72
Perdón a tiempo	76
Otro delirio en tinieblas	80

Tres de galenos	
Primero: una medicina regalada	82
Segundo: El que daba sorpresas	88
Tercero: ojo por cliente	92
Fe de erratas	97
El perico está a salvo	98
La moto	102
De Horacio y L 'Agüela	110
Esta Oscuridad Astuta y una pasión	112
La misma Oscuridad y una pasión (Post Scriptum onírico)	118
Confesión franca y un poco erótica	124
Tenía ojos verdes, de veras	134
Carmen Gloria me cambió, lo juro	136
MI genio	142
Los hijos de El Espinozo	146
Sin titulo, pero revelador	156
De las sombras, por ahora	158
Índice de imágenes.....	162

RECOMENDACIÓN

evitar,
hasta donde sea posible,
tomar por realidad
ciertas copias del mundo,
que pululan en estos relatos





LA VIGÉSIMO QUINTA BALA

Llegó al barrio hace tres años. Al principio, traté de hablar con él amistosamente. Me rechazó, también rechazó a la vecina del frente y luego insultó al señor de la casa contigua. Una semana después, trajo a su casa un enorme perro café de pelo corto.

Cada noche de viernes, los sábados y parte del domingo hacía fiestas. Karaoke, gritos, un sistema de sonido poderoso. La policía llegaba después de las diez y le pedía silencio. Él interrumpía su escándalo, mas solo por diez minutos. Los gendarmes volvían dos o tres veces; repetían su ceremonia y él la suya.

Yo no podía entenderlo. Pasadas unas semanas, la policía llegó a deplorar más nuestras quejas que los desacatos de ese hombre.

Las fiestas no eran todo. El perro aullaba cuando el tipo lo dejaba solo y sin agua. Todo el día, todos los días de lunes a jueves. Tenía un gazzate ronco, poderoso, poblado de lamentos. Su retrete era el patio, abierto y apestoso. El tipo jamás lo limpió; sospecho que deseaba aportar moscas al barrio o a la provincia entera.

Nadie podía hacer entrar en razón a ese mequetrefe, nadie sabía controlarlo. Una asociación que protege animales resultó tan impotente como el grupo de vecinos que solicitó su intervención para terminar esos y otros maltratos ejercidos contra el animal.

Los políticos deberían buscar una forma efectiva para garantizar la convivencia pacífica. Allá por los cincuentas, los vecinos eran decentes, amistosos. Todos se conocían, se ayudaban entre sí. Cada casa contaba con su patio y un cerco para sembrar hortalizas. L'Agüela sembraba tomates, chiles, rábanos y lechugas; al fondo tenía un árbol de mango y otro de aguacates. María tenía un árbol de limón dulce y varios arbustos de itabo, un arbolito de higo y otro de naranja agria. Merceditas prefería tener flores, pero en su cerco había dos árboles de níspero y una chayotera muy prolífera. Mipo sembraba chiles dulces, tomates y tenía una enorme mata de tacacos. De cuando en cuando distribuían todo eso, conversaban, se conocían bien; en las vacaciones o en Semana Santa compartían tamales, rosquillas o pan casero, la miel de chiverre o unas conservas de toronja.

Varios lustros después de la guerra, el país sufrió un gran desarrollo. Vinieron a la ciudad muchas personas del campo y de otros países. Había empleo, mucha plata circulaba. Varios vecinos vendieron sus casas a buen precio y se fueron al campo. La arquitectura cambió, las viviendas pobres y de clase media se juntaron, los patios se redujeron, los nuevos residentes se apretujaron.

El viejo barrio se transformó en un Residencial. Las casas fueron numeradas de este a oeste; seis cuartos, una sala, un baño y medio, la cocina y una salita de estudio que, con todo y su patio de luz, ocupaban la mitad del terreno que la vieja casa de Agüe Felicitas. Bien la recuerdo; era de adobes, blanca pero un poco oscura, con un terreno atrás poblado de gallinas. La compró en quinientos pencos antes de la guerra. Las de ahora solo tienen espacio para un jardín egoísta o una perrera. Cuestan más o menos sesenta millones; las cobran en dólares.

Cuentos corruptos

El patio de ese tipo está adherido a mi cuarto. Huele a desechos y a heces de perro; también suena; ¡sí! todo ahí es de escándalo, ya lo dije, pero para referirlo adecuadamente debería repetirlo muchas veces.

Hace una semana decidí callarlo. Fui a una casa de provincia que la policía bien conoce. Ahí venden drogas y armas desde hace dos décadas. Su fachada es una venta de lotería ilegal.

Compré una pistola inmensa y veinticinco balas. Usé una escalera para subir y saltar la tapia; le metí un tiro en la cabeza al perro. Cayó sin sufrir, sin llorar. Al dueño le metí veintitrés balas; pero tuve la decencia de explicarle: –“te hablé primero, te advertí luego, ahora te mato, porque con vos no hay otra forma”.

La vigésimo quinta bala me dio paz completa. Ahora soy feliz.

El demonio que me cuida odia las mascotas, no soporta el reguetón ni las fiestas. Este lugar es una tumba.



ODALYS Y EL ZAPATERO

Me escapé de casa para conocerlo. Fue por la tarde. Recuerdo cuando abrió su reparadora de calzado a la vuelta de la esquina, treinta metros al norte de la pulpería de Rigo, por la calle que va directo a la Plaza de las Palmeras, donde ahora está la Biblioteca Pública.

Camacho, el papá de Magda, también era zapatero. Se puso furioso cuando el nuevo vecino se instaló y dio muestras de que conocía muy bien su oficio.

Yo vi a la hija por primera vez en la pulpería. ¡Ah, qué niña hermosa! Tenía ojos enormes, negros como la noche; seductores. Jamás vi un cabello tan ensortijado y brillante como el de Odalys; nombre tan sorpresivo para mi como el azúcar moreno de su piel.

La tía Leyla trató de disuadirme. –“Tenga cuidado, m’hijo, nadie sabe si ese hombre es bueno... por algo las personas como él son mal vistas en El Norte ... y aquí también”. Con tal zafiedad, la anciana solo estimuló mi deseo de hablar con Odalys.

Esperé a que papá se fuera y no dije palabra alguna a mi madre. Pero L’Agüela se dio cuenta con solo verme a los ojos. –“Vaya, ese hombre es una persona como yo o como cualquiera. No importa lo que esas viejas locas te digan, él necesita amigos y ya vi que la chiquita te gusta”.

Sonrió y me empujó hacia la puerta mientras decía: –“Si, mi chiquito, ya te pillé con esa cara de tontonco que ponés cuando ella coincide con nosotros en la pulpería”.

Yo sabía que Odalys iba por el pan todos los días. Me da vergüenza decirlo ahora: yo la espiaba. A eso le llaman acoso en estos días. La verdad, nunca le deseé algo malévolo. La seguía a escondidas, pero un día supe darle alcance y le hablé.

Cuando no la veía la pensaba con fuerza pero, si mal no recuerdo, nunca sentí por ella eso que las muchachas provocaron en mi años después, durante la adolescencia. Creo que lo mío era pura curiosidad o un amor sin hormonas. De todas formas, Magda se puso celosa y no me dirigió palabra durante varios meses.

El papá de Odalys era enorme. Jamás vi músculos como esos; tenía los brazos nervudos, poderosos; eran más grandes que los de papá, cuya corpulencia no tuvo rival en el barrio antes ni después de aquel morenote.

Se llamaba Horacio. Había reconstruido la puerta de la casa para que se abriera a la mitad y la gente pudiera hablarle desde afuera o al menos verlo trabajar.

Recuerdo el montón de cueros crudos acomodados al fondo; había muchas hormas de zapatero en un estante, tacones y algunas herramientas que yo conocía desde que me hice amigo de Magda. A diferencia de Camacho, que contaba con la ayuda de tres operarios, Horacio trabajaba solo.

Me saludó con una sonrisa enorme, blanca y cierta. No era negro, como decían. Su piel parecía pintada con un tono limítrofe entre el café y el violeta. Odalys era más

Cuentos corruptos

clarita que él. La esposa era muy blanca; tenía el cabello casi anaranjado y muchas pecas alrededor de la nariz. Se llamaba Eulalia; era linda, tenía voz pequeña y sonrisa pronta.

Me fascinó aquel gigante, pero no tanto como Odalys. Sus palmas eran blancas, desmedidas; recuerdo su manera de arrastrar las palabras con una especie de erre continua, también me acuerdo de su humor y de sus muecas. Con solo verlo y oírlo, se borró de mi mente todo el miedo que algunas amigas de mi tía habían sembrado contra él, en los domingos de café que organizaba doña Ligia.

Eran señoras muy católicas, muy temerosas del diablo y de los comunistas. Adoraban a unos norteños rubios que nunca habían visto. Estaban convencidas de que, durante su vida en la tierra, Jesús había lucido como el joven rubio de la foto que doña Ligia compró en diciembre pasado.

Todas querían una como esa, pero el comerciante libanés solo había traído a su negocio ese ejemplar que doña Ligia enmarcó y colgó ahí mismo, en plena sala. Los ojos de aquel Jesús destellaban azul claro; la cabeza estaba rodeada por una aureola y en su costado izquierdo había un corazón con una corona de espinas destellante.

La tía Leyla frecuentaba esas reuniones; solía llevarme con ella. Yo no pronunciaba palabra. Disfrutaba de los panecillos o del queque. Me gustaba el rompopo; Marianela y Virginia preferían el café con leche condensada. Ahí sentado, yo escuchaba todo lo que decían. Tomaba por verdad cada uno de sus juicios, me contaminaba con sus chismes y resquemores.

Doña Eulalia, la esposa de Horacio, también cocinaba platillos muy sabrosos; pero ninguno se parecía a los de mi casa ni a los de las amigas de mi tía. Abuela me aconsejó guardar en secreto mi gusto por esa comida caribeña. Le hice caso y, la verdad, hasta ahora confieso que me encantaba pasar por donde Horacio a la vuelta de la escuela, porque Eulalia siempre me daba una especie de empanada o un pan dulce y moreno que yo disfrutaba mucho.

Las admiradoras del Jesús rubio le hicieron la vida imposible a esa familia. Primero, le pidieron a un guardia que vigilara a Horacio “por aquello de que se robe algo o cometa alguna barbaridad; lo mejor es que ni se acerque a los chiquillos”. Lograron que el pulpero le negara un crédito mensual semejante al disfrutado por ellas; amenazaron a un carnicero y al dueño de la tienda de abarrotes: –“si usted le vende a esa gente, nosotras dejamos de venir a comprarle”. No todos participaron en tales intrigas, pero a la larga Horacio se hastió y fue a hablar con el grupo de señoras.

El hijo de doña Angélica salió a su encuentro con un garrote y lo amenazó; varios vecinos respaldaron aquella grosería sin fundamento. Ligia envió a su hija por un policía. Sol, la más fea del grupo, profirió mentiras sobre Odalys y la maldijo.

Encerraron a Horacio; todavía lo recuerdo. Cuando salió de la cárcel, tres semanas después, regresó con su familia a Puerto Caribe.

Yo extrañé a Odalys por meses; después la olvidé para siempre. Ahora, en esta oscuridad del infierno, añoro el tono de su tez y el de sus ojos. Imágenes tuyas y

Cuentos corruptos

de toda mi infancia se sobreponen en la mente de forma simultánea. Es algo extraño; nunca experimenté algo así en vida; es más, leí en algún lugar de la Internet que eso era imposible. De pronto, la confusión se acompaña de melancolía; estoy fatigado, el llanto me doblega. Creo que ha empezado mi martirio.





CORROMPER LAS SOMBRAS

Tuve miedo al entrar; después sentí un golpe en el pecho y me inundó el recuerdo de aquella niña que tanto quise. La nostalgia fue abundante, dolorosa pero, si lo piensan, tal castigo es leve para mi pecado.

Se me ocurre que la justicia post mortem puede ser como la terrestre. Quizá recibí una sentencia misericordiosa. Puede que mi crimen se considere cual servicio social. El Barrio estará feliz ahora.

Allá en el mundo hay mucho criminal impune. No pienso en la categoría de los ladrones ni en la de los grandes evasores de impuestos; ni siquiera a los pedófilos, a los que violan mujeres y niños. A quienes comparo con mi caso es a los soldados que invaden naciones a mano armada, a sicarios de profesión que la policía nunca detiene. Hay grupos que administran el hambre y la medicina por todo el orbe. En comparación con ellos, yo merezco un purgatorio.

Aquí no distingo nada; todo está pintado con un tono oscurísimo del color negro. Supongo que al diablo la nostalgia y esta noche impenetrable le bastan para torturarme. Debe saber que en vida yo amaba el arte, los crepúsculos de marzo, un cuerpo ajeno en la penumbra de mi cuarto, las páginas de un buen libro. Sufro un poco debido a esas carencias.

Por suerte, no hay música escandalosa ni demás ruidos que el vecino producía para martirizarme.

Alguien vigila. No me habla; yo no lo invoco ni lo menciono. Pero no lo odio. Si me da temor pronunciar palabra, es porque tras la primera incertidumbre y la nostalgia sentí una especie de paz; podrían quitármela si lo llamo. Mejor finjo que lo ignoro; él no molesta y yo no chillo.

El Infierno del que hablaba el Padre Miguel en el Catecismo difería mucho de todo esto. Según él, aquí la gente arde sin quemarse, como la zarza de Moisés. El dolor debía de ser terrible, inevitable, eterno.

Yo le he temido desde niño al designio de tales llamas. Doña Rita, la maestra de religión, describía de unas pailas llenas de aceite hirviendo, donde el diablo freía la piel de los condenados. Yo no podía imaginar nada más doloroso que esa grasa eterna adherida al lugar del cuerpo con que había cometido cada pecado.

Cuando llegué a la pubertad, sufrí dolores premonitorios en las partes pudendas. Por eso iba los sábados donde un ayudante del Padre Miguelito. Él no me perdonaba hasta que le confesaba cada minucia de mis gestas impuras.

Sentía vergüenza, pero él insistía y aseguraba que solo así tenía permiso de Dios para absolverme. Debo haber sido tan malo, que me dio una cita para confesarme en su oficina. Pensé lo peor: si mis pecados merecían atención especial, yo padecería en la peor hoguera del Averno. Por dicha, para salvarme Dios había enviado al sacerdote.

Cuentos corruptos

Más preocupado que triste, se lo conté a L'Agüela. Ella no dijo palabra, pero arrugó la frente.

—¿Qué pasa, Agüe, vos crees que soy muy malo?”.

—“No m'hijo, pa'naa. Usté es un muchacho normal. No se atormente con eso. Quédese aquí, yo voy a hacer un mandadito”.

—“¡Te acompaño!

—“No mi amor. Lo que voy a hacer tengo que hacerlo sola”.

Se quitó el delantal, calzó los zapatos y no se dejó ver hasta que pintaron los celajes en el horizonte. Años después supe que había ido a la casa Cural .

El sábado siguiente no encontré a mi confesor. Cuando me vio en el templo, el Padre Miguelito hizo una señal para que me le acercara: —“M'hijto, usted se va a seguir confesando conmigo allá, en el confesionario de la izquierda. ¡Vaya, apúrese!, póngase en la filita detrás de la doña con el hábito café; ya voy a empezar”.

Ningún feligrés volvió a ver al otro confesor. L'Agüela Felicitas me prohibió preguntar por su suerte y destino.

Al Padre Miguelito nunca tuve que contarle detalles de aquellas maldades que yo tanto cometía; tampoco debía enseñarle partes ocultas de mi cuerpo. De todas formas, el temor al fuego eterno no desapareció tan fácilmente como el confesor.

Muchos años después, vi los efectos de un fuego verdadero. Fue algo impactante, pero en cierta forma apagó la angustia de mi infierno imaginario.

Yo cumplía horas de servicio estudiantil en un servicio hospitalario para niños quemados. Una tarde internaron a Pedro; cursaba apenas los seis años. Su madre le asó la mano derecha porque, según ella, lo había pillado tres veces en pecado mortal. Yo la oí atento; pensé en mis culpas de adolescente. Eran poca cosa, comparados de la brutalidad de esa mujer.

—“Se estaba tocando ahí abajo, Doctor, y eso es un pecado mortal. ¡Es una cochinateda, algo horrible! Se lo advertí dos veces; a la tercera tenía que hacer algo para detener la maldad del diablo. ¡Entiéndame! Yo no voy a permitir que un hijo mío siga cometiendo pecados mortales. En el culto nos preparan contra esas acciones diabólicas. Y sépalo, Doctor, si es necesario, lo repito. Yo prefiero que mi chiquito pierda la mano diabólica que su alma eterna. Antes de juzgarme, piense en eso. Yo soy una persona de fe; le temo a Dios y hago lo que recomienda mi Pastor”.

¡Patrañas! El niño no pecaba, descubriría. Las madres creen saber todo sobre los hijos con solo parirlos; jamás leen o se instruyen sobre su desarrollo. El dolor de aquel niño no garantizaba cielo alguno. En el momento, pensé que la mano de mi pecado no ardería. Ocurrencia absurda, si bien se piensa; el Dios de las Escrituras es, en tales materias, tan intransigente como despiadado.

Pero creo que ese día tuve razón, porque aquí no hay fuego; por el contrario, la temperatura es agradable.

Cuentos corruptos

Aunque mejor no me alegro todavía por eso; quizá solo estoy en una antesala de los hornos.

¡Ah! ¿Qué es esto? El Demonio me ha puesto a divagar. ¿Querrá servirse de lo que yo diga para depurar el castigo? No voy a permitirlo. Debo mantener la cordura, hablarme a mi mismo con reserva; evitar recuerdos tristes y exabruptos de la boca o de otras partes.

A partir de este momento pensaré, luego lo engañaré. La capacidad de planear involucra al futuro. He ahí el medio para corromper el propósito de este Infierno: si hay futuro, hay vida.



DEUDAS INCOBRABLES

Dejé de ser niño, pero estoy atascado en el ayer; no lo entiendo. Cuando trato de progresar, un poder inexplicable me retiene en un ahora sin futuro. Solo tengo imágenes pretéritas; ya no puedo crear, aquí el mañana es solo una definición sin correlato.

En este momento, un pecado viejo me invade. Sin desearlo, lo repito.

–“Adrián, te llama Don George”

–“Sí, bueno, ya voy”...

–“¿Cómo que ya voy?...¡apurate! vos sabés que a él no le gusta esperar”.

–“Sí, sí, un momento; ya casi termino con Doña Gladys (me levanto y voy al largo mostrador). Vea señora, hay veintiocho operaciones por delante de la suya, pero yo voy a tratar de tenerle todo listo el martes de la semana próxima. Venga a eso de las dos”.

La mujer, cuarentona, viste un suéter rosado de lana gruesa sobre un traje estampado de flores amarillas. Bajo el escaso maquillaje rezuma una preocupación, aunque podría ser solo un matiz del carácter.

Cuentos corruptos

–“Pero, comprenda usted, por favor, lo necesito esta semana. Si no le pago al agiotista el viernes me quitará la casa. No sé qué hacer, tenga misericordia conmigo; estoy esperando esta platita desde hace tres meses y dos semanas (solloza sincera). ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Tenga piedad! Son solo seiscientos pencos (en esos días, cada peco equivalía a seis dólares nortños).

–“Vea Doña Gladys... le prometo que voy a hacer todo lo posible y perdóneme ahora, el Señor Gerente me está llamando.

–“¡Ah! Por fin está aquí, muchacho. Pase, necesito que el préstamo para Don Macario esté formalizado a la una y media, con todo y el cheque de gerencia. Si tiene que quedarse a la hora del almuerzo, yo mando por algo a La Cartaginesa, para que coma. Hoy se podrá ir temprano para su casa; pero entiéndalo bien: es imperativo que todo esté listo sobre este escritorio a la hora que le indico. ¡Ah! y quiero que usted mismo vaya a la casa de Don Macario, para que recoja la firma de la esposa y, de una vez, le entregue el cheque. ¡Ah! Seguramente ella le hablará en inglés, porque es canadiense. Bueno, Marcos me dijo que usted sabe inglés”.

–“Un poco, Señor, solo un poco”.

–“¡Ah! Joven, viera cómo me alegra tener en la oficina a un universitario como usted, vaya, apúrese”.

Cuando salgo de la Gerencia, me aborda el Director de Préstamos.

–“El jueves pasado le dije a Don Chales que hoy podía pasar por el cheque, ¿usted ya formalizó esa operación?

Cuentos corruptos

–“La verdad, no; pero viera que no voy a poder terminarla hoy, Don Marcos, porque Don George quiere estos trámites listos para la una y media de la tarde (le hago un gesto de impotencia y le muestro la inexorable carpeta). Hasta me dijo que no saliera a almorzar para que pudiera terminarlos”.

–“¡No me digás eso! ¡Ya me pusiste en problemas! Voy a tener que localizar a Don Chales... Bueno, ni modo. ¿Vos crees que mañana podás tener todo listo?

–“Voy a hacer lo posible, Jefe. Pero mejor dígale que venga el lunes. Si yo no tuviera examen esta noche, le juro que me quedaría haciéndole los papeles. Pero le prometo que mañana vengo muy temprano y los empiezo... solo dígale a Chanto que yo llegaré mañana a las seis, para que me deje entrar (Chanto, el guarda; un hombre gordo que practicaba artes marciales y tiro al blanco; parecía peligroso, pero era muy amable).

–“¡Claro!, más tarde se lo digo y... te lo agradezco mucho. Por cierto ¿Don George te dijo en cual programa hay que formalizar lo de Don Macario?

–“En el fiduciario, pero con intereses al ocho, como si fuera de Agro e Industria, no con el dieciséis, como los demás de Préstamos Personales. Tengo que ir a recoger la firma de la esposa.

–“Ay, no! ¡Qué salao! Esa señora es muy grosera... vas a ver que ni te deja entrar”.

–“¿Cómo no? La Ley me obliga a verla firmar.

–“¡Ni se te ocurra hacerlo! Le das los papeles y te esperás afuera, punto”.

–“Pero Don Marcos, eso está prohibido”.

–“¿Prohibido? ¡Claro! Vaya y le dice eso a Don George, a ver cómo le va muchacho... me imagino que ya hay una orden de arriba, de Muy Arriba. Créeme, con Don Macario se hace lo que se hace. ¡Punto!”.

Era Magistrado. El cheque de quince millones estuvo listo a las 12, 45, pero él llamó para recogerlo a eso de las cinco de la tarde. Nuestro Banco todavía era estatal, así que estaría cerrado a esa hora, pero aquel día recibimos a Don Macario veinte minutos antes de las seis. El Gerente le tenía café y pasteles; aunque también había puesto una botella de whisky y otra de cognac sobre la mesa. Bien lo recuerdo; debí quedarme en las instalaciones, por si debía corregir algo. No asistí al examen, pero El Gerente escribió una excusa para el profesor que, tras leerla días después, me dedicó una mirada inquisitiva y me reprogramó la prueba.

Les cuento que Marcos, mi jefe directo, tenía razón: la Señora del Magistrado preguntó, desde la sala o el recibidor, quién era yo.

–“Ahí le mando mi pasaporrte parra que lo vea”.

Lo revisé de lejos; me habían ordenado no tocarlo y no molestar en forma alguna a la Doñita. Tuve que darle los papeles a una empleada mejor uniformada que los guardias del Banco. Esperé unos minutos, corroboré que todo estaba completo y luego corrí al Banco. Hice el cheque y llené todos los formularios; así que tuve tiempo, permiso y un cargo por concepto de alimentación para ir a La Cartaginesa personalmente. Pedí un emparedado de carne doble. Decidí arriesgarme, porque a costas del

Cuentos corruptos

Banco también pedí un enorme cacho con mermelada de guayaba y un batido de vainilla.

Ni los auditores hicieron mención de aquel regalo enorme. Del préstamo, no el cacho y el batido. Precisamente ellos, que sabían encontrar hasta las diferencias centesimales de un cajero.

Pasaron dos años. Un lunes de marzo, Don George me urgí para que hiciera un trámite semejante al anterior.

–“Formalice un préstamo para la Esposa de Don Macario. Cancele lo que él debe y dele diez millones más”.

–“Pero, Don George, el Magistrado no ha hecho abonos y... viera qué raro... el Banco no le ha opuesto trámites para el cobro judicial.

–“Solo haga lo que le digo”.

Mi Gerente frunció el ceño y sus palabras me pringaron la cara.

–“Si quiere conservar su puesto, no se atreva a cuestionar mis órdenes”.

–“Yo jamás lo haría, Señor, solo era una duda”.

Pasó el tiempo. Debido a las necesidades familiares y a los horarios de trabajo, tuve que abandonar la Universidad. No me importó, la verdad; estudiar no me gustaba. Además, Mi Gerente garantizó que si yo le trabajaba bien, él promovería mi carrera bancaria.

Acepté el ofrecimiento, pero cierta mañana de agosto Don George me ofreció respaldo completo para estudiar.

–“Usted ha trabajado muy bien, se lo merece. Eso sí, Adrián, tiene que saber un poco más de contaduría. El Banco le va a financiar unos cursos en una escuela privada. Es lo mejor, en la universidad podrían hacerlo ateo o incluso comunista”.

Sin mucho entusiasmo le conté aquello a la tía Leyla y ella me aconsejó: –“hágale caso siempre, aproveche esa oferta y no se le ocurra chistar”.

Supe guardar muchos secretos y seguir el consejo de la tía. Al principio, escondí en casa pruebas materiales de varios asuntos pero, con el tiempo, quemé todas por temor de que L´Agüela las encontrara.

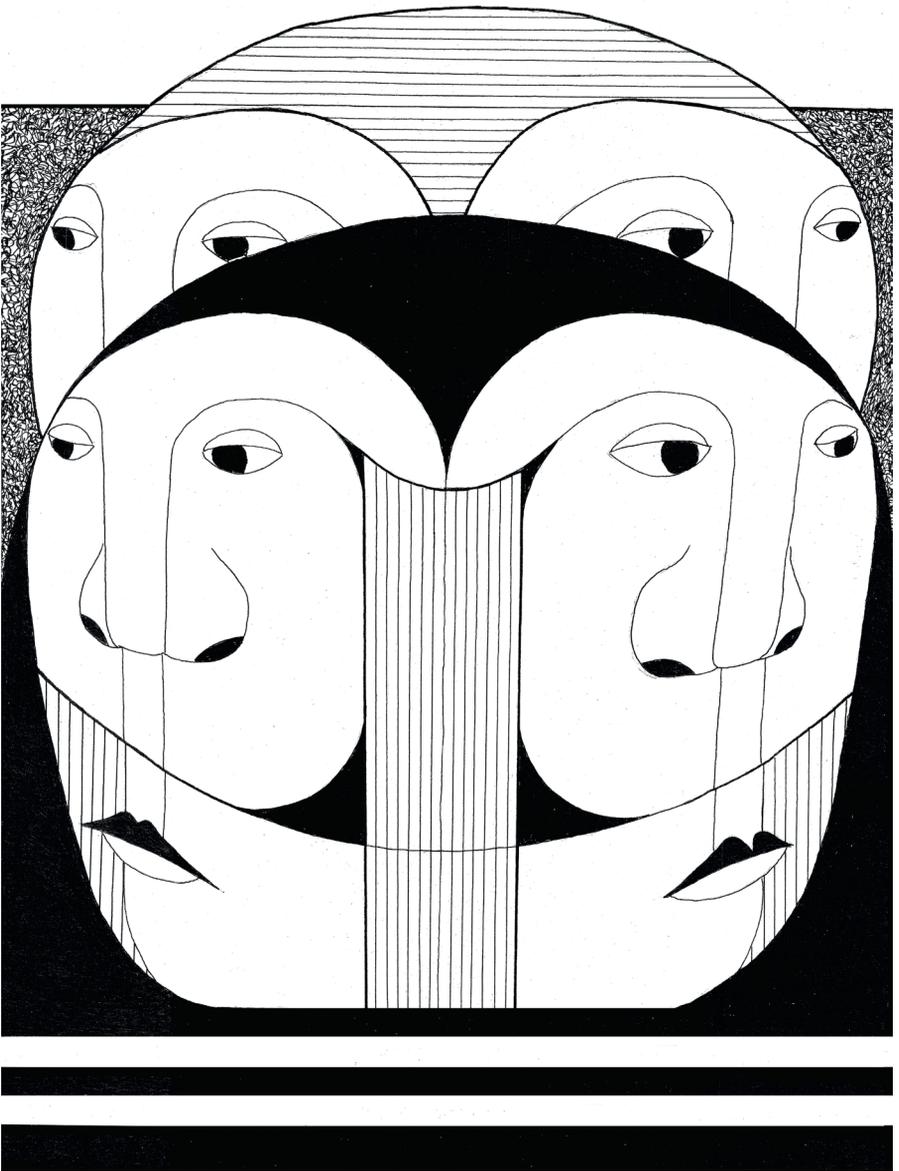
El crédito de aquel Magistrado fue sencillo e inocente si lo comparo con otros hechos en que me vi involucrado. Después de muerto, yo no debería sentirme mal; pero ya no engaño a nadie con el cuento de que solo cumplía órdenes, como el verdugo cumple las suyas tras una ordalía de la que no ha sido responsable.

Agüe Felícitas diría que Dios hizo justicia, porque menos de un año después de recibir el dinero del segundo préstamo, El Magistrado fue informado de un cáncer terminal. El Consejo Superior Electoral lo honró y a un colega suyo le dieron el premio nacional de ensayo por perfilar su imagen pública y su legado jurídico en un libro de noventa y dos páginas. Escuché que la esposa vendió todo y regresó a su país.

Cuentos corruptos

Abuela decía que la conciencia, cuando es de pobre, se mancha con el pecado de sus señores. Ojalá eso no me hubiera sucedido.

Los demás hechos de este recuerdo son tan previsibles como final de telenovela. El préstamo del señor Chales se formalizó a tiempo, pero la señora del suéter rosado perdió su casa. Merced a una buena educación secundaria, a una breve capacitación en contaduría y a varios amigos políticos, mi Gerente de ascendió al Consejo Superior Administrativo del Banco y, tras un par de meses, me otorgó la Jefatura de Préstamos.



LA CÉDULA

Contaré la historia de Mariano como sucedió y la injusticia que la protagoniza; luego diré lo que pienso sobre todo aquello.

Ese muchacho tenía mi edad pero a diferencia del Gerente e incluso de mi persona, él había entrado al servicio del Banco por méritos propios. Procedía de una familia tan pobre como la mía; pero carecía de buenos modales y no le gustaba la lectura. Lo crío su mamá. Regularmente, nos hablaba mal de su padre, aunque nunca lo había visto. Le encantaba irse de juerga los fines de semana; tomaba ron con cualquier refresco de burbujas y fumaba tanto como yo lo hacía en esa época.

Solo una vez fui con él de parranda. “Quedé curao”, como diría L’Agüela. No entendí entonces cómo él podía soportar una vida tan intensa, tan llena de vicios. En el Banco era cumplido. Su puesto era de Tesorero, aunque le llamábamos Jefe de Cajas.

Mariano era lo que Agüe y la Tía Cecilia llamaban “pizpireto”; muy alegre y bromista, muy macho y mujeriego, locuaz, coqueto. Medía solo un metro sesenta y nueve centímetros, pero era musculoso; tez morena, nariz y facciones bien esculpidas, ojos verdes; carecía de grasa abdominal. Practicaba sus dotes de seductor por doquier.

–“Nunca hay que dejar pasar de lejos a una mujer bella”, era su consejo; aunque yo sentía que me lo daba para acentuar mi inutilidad con las muchachas.

Varios compañeros lo consideraban un Don Macario. Yo los corregía; –“para serlo es necesario ser feo, como Matías el contador o Manuel Chanto, con su carota arenosa y una mirada que mete miedo. Los tipos atractivos no necesitan la habilidad del Don”.

De cuando en cuando, Mariano me convencía de dar preferencia al préstamo de alguna señora. Argumentaba razones humanísticas o de salud. Yo me enredaba en sus explicaciones y súplicas.

Aquella única vez que lo acompañé a sus fiestas semanales me contó de una cliente que había convencido para salir con él. Era una rubia de mediana edad. Todos la seguíamos con mirada lujuriosa cada vez que llegaba al Banco.

Tras media botella de ron, Mariano confesó haber sacado ventaja con ella gracias mi pequeño acto de corrupción. No le volví a ayudar; pero no crean que mejoré mi moral; fue pura envidia.

La verdad sea dicha; todos en la Sucursal (menos Mi Gerente, que tenía otros intereses) le teníamos celos a Mariano. Por fin, llegó el día de nuestro desquite. Era lunes; también era la primera vez que Mariano nos habló con marcado aroma alcohólico. Chanto pidió que lo protegiéramos.

–“Por favor, no dejen que El Gerente lo vea así”.
Mariano, Mariano... ¡Qué suertudo, el desgraciado!

Cuentos corruptos

Ese lunes el Gerente tenía una reunión en la Central. No importó; a eso de las diez y media entró su perdición. Era una mujer enorme, cabello azabache larguísimo, bien peinado, uñas perfectas, minifalda discreta, medias largas de nylon estampado con rayita acordonada en la parte posterior, zapatos azules de tacón altísimo.

Parecía maquillada en un salón y, en general, se veía muy arregladita. Algún atractivo tenía, aunque a Carlos Alberto y a mi nos pareció más peculiar que linda.

Mariano, incontenible, ejerció sus habilidades. Todos lo vimos tomar posición en el flaco derecho del inmenso mostrador. Con un gesto mal disimulado pescó la atención del mujerón.

–“En qué le puedo servir, Reinita; estoy para ayudarla”.

Con voz aguda, un poco chillona, exagerada, ella explicó que necesitaba saber sobre un depósito de pensión alimenticia que “Rodolfo Pinosa debe haber depositado hace una semana, pero viera Usted, Precioso, no aparece reportado en el Juzgado de Familia y si no lo encuentro habrá que encarcelar a ese Rodolfo”.

–“Espere aquí, voy a ver qué puedo hacer, Mi Reina”.

Todos sabíamos que él inventaría alguna astucia, porque estaba inhibido para darle esa información a la mujer; hacerlo le costaría una sanción.

Volvió al mostrador con cara de “te adoro, Delicia”.

–“¡Mi amorrr! –le dijo– viera que no puedo darle el datito ese; es prohibido; tiene que preguntar en el Juzgado.

Ella le tomó la mano; la calentó entre las suyas unos segundos. Todos lo vimos; la verdad, eso no era un pecado y, aunque se veía feillo, no era prohibido.

Lo dijo en voz alta, casi irreverente: –“Dichosa su esposa, con un marido tan guapo, tan atento”.

–“Cariño, sabe qué, estoy solterito y coleando”.

–“¡Pero cómo hay mujeres tontas en este mundo, guapura! Cómo es que ninguna le ha puesto el añillo. Con todo respeto, Amor, déjeme preguntarle si hoy a la salida tiene algún compromiso”.

–“Si estuviera aquí Don George, a Marianito le recetaría una suspensión” –le oí decir a Carlos Alberto, que no se perdía un detalle de los hechos.

Una señora muy religiosa y conocida en la ciudad porque trabajaba en la farmacia, se acercó al mostrador de caoba por el otro flanco. Mi Jefe fue a atenderla; ella no le permitió hablar, ni siquiera lo dejó saludarla.

–“Vea, señor, eso se ve muy feo; una espera que los empleados de un banco sean decentes; le voy a contar esto al dueño de la farmacia”.

–“Disculpe, señora, ¿a qué se refiere?”

–“¿Cómo, a qué? No se haga el inocente; ese muchacho se comporta como si estuviera en la cantina o en un sitio peor. Usted es un Jefe, póngalo en cintura”.

Cuentos corruptos

Enrojecido, mi Jefe se disculpó con la beata y se dirigió al otro lado. Entretanto; la enorme Reinita de Mariano le insinuaba, de nuevo, saltar sobre las regulaciones.

–“¿No podría asomarse? ¿Qué tal si más tarde me da una razón?”

–“Qué más quisiera yo, Corazón, por Diosito. Ya me dijo el encargado que ese dato solo se lo puede dar al tal Rodolfo Pinosa, y solo tras comprobar su identidad mediante la cédula”.

En ese momento, todos teníamos la mirada clavada en la pareja, oídos atentos. El Jefe se les acercaba. Menos de un minuto después, Marianito cayó en desgracia; al día siguiente solicitó traslado a otra sucursal. ¡Le pasó a él, no a mi! No entiendo la razón de este recuerdo en mi suplicio.

La mujer que seducía delante de todos sacó algo de su cartera y, mientras se lo mostraba, dijo en voz alta, profunda, masculinísima: ¡Está bien, Precioso, yo soy Rodolfo!”.



Algunos parecían sorprendidos. Varias mujeres que estaban en la fila de la caja 2 disimularon una sonrisa pero, si mal no recuerdo, lo que primó en el momento fue la sorpresa. Luego, entre los compañeros de la oficina circularon bromas, todas en relación con Mariano.

A Rodolfo lo siguieron unas miradas impertinentes, mientras salía de la sucursal. Por años, lo he respetado,

Cuentos corruptos

por su valentía. Tras relatar en casa aquellos hechos, L'Agüela comentó, afligida, que esa persona solo procuraba defender su opción sexual y la vida respectiva. Por fin, después de muchos años, pareciera que tal respeto es compartido justamente por la mayoría. También con justicia, lo otro todavía es punible.

UN VERDADERO INFIERNO

En una comedia famosa se describe el Infierno cual edificación inmensa, que desciende en círculos consecutivos hasta el Purgatorio. En cada nivel se imponen castigos crueles y específicos. Narak, un infierno hindú, es diferente, pero también está dividido de acuerdo a los pecados y los martirios.

Para los persas, este lugar era una Casa de las Mentiras, donde el inquilino era obligado a ingerir fluidos y alimentos asquerosos. L'Agüela Felicitas también consideraba el Reino Demoníaco como un lugar engañoso, lleno de basura, caldos pestilentes y hogueras aterradoras. Mi maestra de Catecismo y el Padre Miguel describían el Infierno como un sitio donde la gente arde sin quemarse, como la zarza bíblica. El ardor –afirmaban– es terrible, inevitable, eterno.

Para los vikingos, el lugar no era caliente, sino gélido como sótano invernal. Un folleto que leí en la biblioteca del Liceo informaba sobre una especie de Averno budista con muros, serpientes y canes espantosos, pero cuyo peor castigo era la obligación de esperar turno para renacer.

Hay una ficción filosófica más sencilla que tales mitos, pero no menos ingeniosa: el infierno es un cuarto de hotel, que debe compartirse con gente adversa. El huésped sufre cual víctima de guerra o de vecinos hostiles. Ahora sé que esa filosofía es falsa; aquí ni siquiera hay otro reo.

Además, es difícil creer que la burla descarnada sea fuente adecuada de castigo. Bueno, de eso no estoy seguro. El recuerdo de Mariano, que empezó con la seducción y las risas, terminó en suicidio. De seguro, aquel acontecimiento en el Banco no fue la causa de su muerte; pero yo me sentí culpable durante mucho tiempo y ese sentimiento ha sido incrementado en este mundo renegrido.

Me hubiera gustado caer en el Uku Pacha incaico o en el Tártaro de los antiguos griegos, lugares donde casi no existía el martirio.

Mi prima Marianela concebía el infierno cual zona gastronómica.

–“¿Te imaginás al Diablo –me decía– forzándome a comer hákarl”.

–“¿Comer qué cosa?”

–“Hákral, carne podrida de tiburón peregrino.

–“Marianela, lo culinario es cultural, como el gusto musical o el vestido.

–“¡No me vengás con eso! La obligación de ingerir carne fermentada es, para mi, algo infernal, ¡punto!; para los demás habrá castigos distintos”.

Tenía razón: el infierno impone martirios individuales y precisos.

Cuentos corruptos

¡Quién sabe qué más han diseñado para mi! Por ahora, no distingo nada; todo está cubierto con el color negro macizo e impenetrable que ya les conté. L'Agüela decía que la oscuridad sirve a los ladrones, a los vampiros, a muchos espías reales e imaginarios. Los antros de tortura alientan la oscuridad del alma y los dolores del cuerpo.

De niño le temía a papá, a las tinieblas y al Diablo. En la adolescencia me alegró que el primero se fuera de la casa; luego aprendí a esconder mis placeres en lugares oscuros de la casa y del solar. Pero del Diablo no supe liberarme. Por el contrario, llegué pensar que me esperaría, más allá de la muerte, con artilugios desgarradores, sopletes para achicharrar la piel, pailas infames, púas para desangrar mis partes nobles. Sobre Él leí a escondidas de L'Agüela un tratado que me llevé de la biblioteca; lo devolví al mes, también a escondidas.

Ahí aprendí sus nombres y singularidades, tomé nota de argucias sexuales que profesó contra ángeles y mujeres hermosas. Ahora estoy seguro de que adoptará una forma amenazante, antes de venir a cobrar mis deudas.

MI GERENTE

Tras un momento de locura (muy comprensible, si el lector piensa dónde estoy) regreso al Banco. Mi memoria podría ir a lugares más reconfortantes; no sé por qué ha decidido regresar a ese.

Don George todavía es MI Gerente. Su paga incluye una vivienda junto al edificio de la Sucursal. Tiene un jardín enorme con el quiosco para fiestas y un asador empotrado. El Banco cubre todos los servicios públicos y domésticos de Don George y su familia.

Él es un hombre enorme, más rosado que blanco, pasado de peso; muy pasado de peso. La voz es tan grande como su cuerpo y su arrogancia, como su automóvil. Ha heredado un apellido tan elegante pero impronunciable.

Su papá llegó de Europa en la década del cuarenta con una mano adelante y la otra atrás. Cuentan que sabía de metalurgia y, debido a eso y a su dominio del francés, del polaco y del inglés, obtuvo un buen puesto en una de las provincias el litoral Atlántico. Pasados dos años, montó con su esposa una empresita de corte y confección. El agiotista del lugar lo financió para comprar cinco maquinas tejedoras.

En sus fiestas, MI Gerente se regocijaba mientras decía, en voz alta y con un vaso de Whisky en la mano: –“Papá y mamá apenas sabían usar aquellas máquinas. Al principio, no sabían hacer el cuello de los vestidos. Pero la situación económica era tan apremiante, que papá se fue

a ofrecer la ropa inconclusa en varias tiendas. Cuando le decían –“pero esto no tiene cuello”, él duplicaba su acento nórdico para contestar: “perro ese es el último grrrito de la moda en Parris, Stockholm y New York”.

¡Lo vendía todo! Sé, por mis lecturas de Liceo, que la historia tecnológica está llena de hechos parecidos. Con esa voluntad empresarial, el padre de MI Gerente logró cancelar lo adeudado al agiotista y hasta compró una pequeña finca arrocera.

Cuando todos los invitados creían liberarse de aquellos cuentos paternos, Don George empezaba a predicar sobre su tema favorito: Él mismo.

Toda la ciudad sabía que hablaba tres idiomas y gracias a su ascendencia, a su aspecto (todavía no era panzón) y al poder de su palabra, supo granjearse la amistad de compañeros y la admiración de las muchachas. Un círculo de familias influyentes lo atrajo a sus fiestas y reuniones.

Cuando terminó la secundaria, Georgito ya contaba con padrinos para ingresar en el servicio bancario. Su aspecto y retórica impresionaron al presidente de la Junta Directiva.

–“Hay que cuidar a ese muchacho” –decía– “es muy talentoso; una verdadera promesa, creo que no debe perder el tiempo en la universidad. Dos cursillos de finanzas o algo parecido y estará preparado para ayudarnos en la dirigencia”.

Qué razón tenía mi abuela Felícitas: –“M’hijo, nada mejor que un buen padrino y nada peor que un mal vecino”. A los dos años, le dieron el puesto de Gerente en nuestra sucursal.

SCHOOL BUS DESTARTALADO

En aquellos días, los bancos estaban dirigidos por una Comisión de Notables. Al General Ariolo – político que pasó a la historia como verdadero estadista– se le ocurrió que todas las sucursales del Banco emularan a la Administración Central. De esa forma, consiguió puestos de confianza para sus partidarios más leales y para los hijos de sus amigos más cercanos.

Cada miércoles había sesión de La Junta. Una Asistente Administrativa organizaba las reuniones: menú del Restaurante Chaparral, con vinos europeos, champaña y un whisky irlandés de cuya marca no me acuerdo.

Los directores eran once; no había mujeres. Apenas recuerdo dos o tres caras, la corbata impertérrita que uno de ellos llevó a todas las reuniones, un hermoso Thunderbird rojo en el que llegaba Don Amado; las botas mostaza con que un tal Julito emparentaba un sombrero enorme, manchado de sudor.

Uno de los Notables era Don Chales. Me caía bien, era el único que saludaba al personal y hasta me estrechaba la mano cuando se topaba conmigo. Mi tía abuela decía que su padre había colaborado con El General, durante y después de la guerra.

La Junta de Notables aprobó darle un crédito enorme. Don Chales usó ese capital para dar empleo a

muchas personas en la región Occidental del Río Verdilla. Allá montó una chanchera hedionda y gigantesca; también compró tres buses preciosos y un enorme terreno que dedicó al cultivo de hortalizas.

Yo no formalicé su préstamo, pero ayudé a redactar el análisis financiero previo y obligatorio. A decir verdad, el documento era tan ingenioso como carente de veracidad.

–“ Es solo una exigencia de ley que debe sortearse; hágalo bien, a usted le conviene –me dijo Don George y agregó – nadie de Arriba le pondrá obstáculos a esta operación. Necesito que hoy hagan todo lo necesario; él viene mañana por el cheque. Y, para evitar cualquier necesidad, se lo repito: nadie debe poner trabas o invocar leyes que fueron hechas para gente mala, no para Don Chales”.

Los empleados estábamos acostumbrados a tales razones; sospecho que los de la Contraloría Interna también las conocían; al fin y al cabo, en aquellos días el dinero de Nuestro Banco se administraba a voluntad y discreción de los Notables.

El segundo lunes de marzo amaneció frente al Banco un School Bus ñato y amarillo, de esos que la Crown Coach Cooperation produjo a finales de los años cuarentas o a principios de los cincuentas.

Me pareció lindo, porque hasta ese día solo había visto buses escolares con trompa. De hecho, no vi nunca otro como aquel en nuestras calles; pero años después encontré en la Web imágenes del modelo.

Cuentos corruptos

Era la garantía prendaria que el Banco había aceptado por los millones de pencos que le sirvieron al Directivo para adquirir todo lo que ya he indicado. La suma era bochornosa; con ella hubieran solucionado los problemas estructurales de tres escuelas o del alcantarillado municipal; también hubieran completado el tendido eléctrico en el Barrio del Sur y el ala oeste del viejo hospital.

A nadie le importo el asunto. Nosotros conocíamos los detalles; pero a ninguno se le hubiera ocurrido mencionarlo. Por lo menos yo, a L'Agüela Felicitas, ni una palabra. Décadas después de su muerte me ha remordido la conciencia por aquel silencio y por otras experiencias en el banco. Ya Don George me había convertido en su auxiliar para lamer botas importantes y vocero para negar préstamos a mucha gente humilde e incluso a os maestros.

Ahí, al costado este del Banco, quedó el bus amarillo. No recuerdo que lo hayan abierto siquiera en ocho meses y medio. Después se lo llevaron porque estorbaba en esa calle. Lo remolcaron pues, cuando quisieron arrancarlo, echó más humo que un dragón enfermo y ni Pepe, el Jefe Mecánico de la Institución, pudo hacer que avanzara o retrocediera por sí mismo.

El Banco lo subastó cuatro meses después. Pagaron tres mil cincuenta pencos por él. Varios pedazos del chasis y de la carrocería sirvieron, por años, cual escondite ocasional de los niños que jugaban en la Chatarrera del Sur, allá por la plaza de Barrio Faroles.

Cuentos corruptos

DETALLE COMPRENSIBLE, PERO INJUSTO

María Elizondo tenía una casa misteriosa enfrente de la nuestra. De niño entré ahí una vez, solo una. Ella había cruzado la calle para pedirle a Agüe que me dejara ayudarla, pues un pichón de papagayo rojo que había comprado un mes antes se había salido de la jaula y estaba en el enorme árbol de mango de su patio.

–“Ese pájaro se le va a escapar –dijo Felicitas– volverá al lugar de donde lo raptaron; me da miedo de que pique al chiquito”.

–“Vea, Felicitas, yo no quiero que él toque a Parrotito –respondió María Elizondo– solo necesito que me sostenga una escalera, para que yo lo agarre”.

–“No es buena idea, María, eso también es muy peligroso... Está bien, vea, haremos una cosa, yo misma le sostengo la escalera –volvió la cara y me hizo un gesto– usted, m’hijo, nos acompaña”.

Vi mil tesoros en el pasadizo de adobes que se alargaba hasta el patio: la Nigüenta enorme de ojos azules y uñas rojas; un cuadro de la Santa Cena como el que Agüe tenía en la sala, pero el de María Elizondo era tres veces más grande y tenía un marco plateado lleno de filigranas; había un jarrón oriental de mi tamaño, tres

dragones en fila, una repisa con tacitas de porcelana y muchos animalitos de vidrio, campanitas doradas, varios crucifijos y un montón de fotos en la pared.

María Elizondo tenía la voz tan grave como la de Agüela; luego supe que era debido al bocio. Estaba muy flaca; las venas se le marcaban por debajo de una piel muy arrugada y transparente. Era amable, pero yo le temía porque, en sus reuniones semanales, las amigas de la Tía Leyla la llamaban Vieja Bruja y decían que había tenido amoríos con hombres muy malos.

Aunque era vieja para mi, la hija de María Elizondo me parecía muy linda, No era cortés con los chiquillos del barío ni conmigo; ese día apenas me dedicó un lánguido “hola”. Si lo pienso, no era amable con nadie. Debe haber sabido que en todo el barrio y más allá se hablaba mal de ella y de su madre. Su nombre era Virginia Elizondo; nunca conoció a su papá. Tenía dieciséis años y ya trabajaba en una tienda del mercado.

La escuché por segunda vez diecisiete años después. Vino al Banco, necesitaba dinero. Cuando la entrevisté se portó amable; hasta recordó cómo su madre había atrapado con mi ayuda el papagayo que días después murió, presa del enorme gato de La Pantoja, una de las chismosas que hablaban mal de ella y de su madre.

Virginia necesitaba mil quinientos pencos de la época. Debido a su trabajo y a que su casa había sido incautada tras la muerte de María Elizondo, ella no cumplía con los requisitos para un préstamo tan alto.

–“Por favor, llevale esta carta al señor Gerente”.

Cuentos corruptos

Me extendió un sobre blanco de papel fino, con sello de cera y el nombre de Mi Gerente dibujado con pluma de punto medio. Toqué y Don George me dejó entrar en la oficina. Tras leer aquello, dijo: –“Dele lo que necesite; hágalo a mas tardar mañana. ¡Ah! sea decente, no lea la carta; pero guárdela con el resto de la papelería”.

La curiosidad es fuente de sabiduría, pero también sabe cultivar perfidias y dañar a personas buenas. Yo no aguanté ni tres horas para abrir el sobre. La misiva estaba firmada por Don León Chaverri, un hombre sesentón, delgado pero musculoso, con el cabello y el bigote teñidos de negro. Había cuadruplicado la fortuna de su padre, un gamonal fallecido hacía ocho años; propietario de casi todos los terrenos que ahora albergan al Distrito Norte y a un precario que se ha hecho famoso por ser tan peligroso que ni la policía se atreve a visitarlo.

La fortuna paterna se debía al café. En su mejor década, el padre de Don Chaverri se contaba entre los cafetaleros más importantes del país. Su mejor mercado estaba en el Viejo Continente; pero también vendía café de altura en los países del Norte y en una Isla del Este, donde tienen la costumbre de beberlo con sal. Él también tuvo varias amantes y muchos hijos. No le dio apellido ni herencia a ninguno.

En su casa y en las reuniones de alcurnia solían decir que Don Chaverri había sido cortado con el mismo molde que su ancestro. Aquí, metido en mis pensamientos, yo diría que eso era cierto: como su padre, él aborrecía a los intelectuales o al menos desconfiaba de ellos; añoraba el viejo ejército, odiaba el comunismo, la medicina social, las escuelas del Estado, el comunismo y la homosexualidad.

Cuentos corruptos

La carta tenía una letra bisoña, muy diferente a la del sobre. Era simple, escrita en grafito, escueta, bochornosa: “Ella también es mía, Chepe, dele lo que necesite. Ya sabe, yo no puedo darle la plata, mi mujer se daría cuenta. Pero le garantizo que cancelo las mensualidades, eso sí. Gracias y que Dios me lo proteja”.

En el momento, vi aquello cual detalle hermoso, casi elegante. Hoy siento vergüenza y asco por eso.

Cuando llegué a casa me picaba la lengua por las ganas de contarle todo a alguien. En otro tiempo, hubiera ido donde Agüe Felícitas, que guardaba secretos como una tumba a sus muertos. Pero ese día le di la historia Tía Leyla. La celebró de más el sábado siguiente, con sus Viejas amigas.

UN PEINE CARO

La vida viene y va en mi mente como una obligación; ahora soy adolescente. Ahí voy, con Doña Felícitas, mi Agüe. Salimos de casa hace media hora, pero solo hemos avanzado unas doscientas cincuenta varas. Cada día le cuesta más, pero ella no cede ni se cansa. Pasamos frente al Banco donde trabajaré lustros después.

Desde las cinco y media, L'Agüela buscó el peine de carey que, según me dijo, había guardado bajo la cama, en una de las palanganas llenas de recuerdos, revistas, agujas, el pie de una Nigüenta quebrado hace dos años, varios sobres amarillos y clavos que ha encontrado en la calle y recogido porque "de algo han de servir, m'hijo, Dios no desperdicia nada".

Llegamos al parque; es pequeño, con una plazoleta de loza para que jueguen los niños, hay seis hamacas y un tobogán alto, pintado de rojo; en el centro pusieron la bella fuente de hierro rematada hacia arriba con un ángel.

—"Horitica llegamos, m'hijito; yo le regalo algo para que se tome un fresquito donde Rigo. Si viera cómo le agradezco que me acompañe; ya nadie quiere andar conmigo; a usted por dicha no le avergüenza andar con esta vieja fea".

—"Agüe, no hacía falta que caminara tanto, Rigo también vende peines".

Cuentos corruptos

–“Sí, pero yo no entiendo a ese hombre; cada día vende más caro y yo no le voy a alcahuetiar caprichos mientras Dios me dé fuerzas pa’ caminar.

Media hora más. Llegamos a la farmacia de Los Robles. La Rubia se acerca; yo me sonrojo porque ella me encanta; ni le digo palabra, porque ella es rica y yo ni siquiera tengo para calzar zapatos de cuero.

–“Buenas tardes, Doña Felícitas; ¿en que puedo servirle?”

A L’Agüela le hablan así; todos la conocen. Ella recorre la ciudad semanalmente, para completar los ingresos caseros con sus rifas de cien pencos. Las hace a escondidas de papá y del tío. No entiendo cómo ellos no se dan cuenta, si toda la ciudad participa de ese “disque secreto”.

La empleada de la familia Robles le compra el cuarenta y ocho. Yo la acompaño para entregar el número, por ansiando que una casualidad me deje ver a Lucía, mi Rubia Preciosa y secreta.

–“Chiquita ¿cómo le va?; viera que necesito un peine. La vecina me dijo que ustedes venden de todos los tamaños”.

–“Ya le muestro los modelos que tenemos; un momentito, por favor”.

Agüe tiene dedos gordos, cayosos, muy fuertes; pero su destreza para coser ha cedido ante el tiempo y la artritis.

Ahí regresa mi Rubia, derrochando belleza tras el mostrador.

Cuentos corruptos

–“Estos son los que tengo, Doña Felícitas; escoja el que más le guste. El blanco y el veteadado de café están en oferta”.

–“Mirá, m’hijo, ¡qué lindos!”

Tras el juicio estético, L’Agüela examina los peines con expresión dubitativa. No los toca; yo sé que no quiere ensuciarlos. Ella piensa que si toca algo nuevo contrae la obligación de comprarlo, porque según dice “tocar algo es usar algo”.

–“Dígame, Muchacha, cuánto cuesta el veteadito; ese, tan bonito”.

–“Cuesta doce pencos; pero hoy solo le cobramos ocho”.

En ese momento entendí por qué Nora, mi prima, se había negado a acompañarnos.

–“¿Ocho pencos, me dijo?”.

–“Sí señora, una ganga, hoy los tenemos en baratillo”.

L’Agüela se llevó la manota derecha a la frente y exclamó –“¿Diosito, qué le está pasando al mundo? En mis tiempos, con ocho pencos yo compraba toda la comida del mes, un jabón azul y varios cartuchos de gofio. ¡Ocho pencos! ... ¡ocho! Ocho pencos por un peine que ni siquiera es de carey. Vea Linda, prefiero comprarle unos zapatos de cuero a mi nieto que pagar ese capricho... ¿ve estos dedos?”

Lucía –tan linda, tan simpática que la recuerdo– sonrió desconcertada, mientras Doña Felícitas, mi Agüe, abría sus

dedotes oscuros de su mano derecha para acomodarse el cabello azabache con ellos. Tres veces lo hizo; tomó mi mano, dedicó a la Preciosa un lacónico “gracias” y me sacó de la Farmacia Robles.

En adelante, evité la mirada de aquella muchacha y no volví a acompañar a L’Agüela cuando iba a su casa con la rifa. Volví a encontrarme con Lucía lustros más tarde, en el Banco. Ella me llamó por mi nombre de pila, desde el mostrador de caoba.

Cuando me acerqué, preguntó por Agüe, que había muerto ocho meses atrás. La verdad, yo no deseaba reverberar ahí su recuerdo.

Esta vez, pude verla a los ojos y supe hablarle sin temores. No requería los servicios de mi Departamento. Había venido al Banco para invertir en certificados de la Deuda Interna, que en esa época eran buena inversión. Tras la muerte de su padre, también creyó conveniente abrir una cuenta corriente con nosotros; así que empecé a verla con frecuencia.

Tanteamos una amistad; pero su charla era muy instruida para mis alcances y, la verdad, su rostro había sido corrompido por los años; así también su figura o mis ansias.

De todas formas lo intentamos; pero, tras extender innecesariamente la intimidad, le regalé un peine de carey y le dije un “hasta siempre” que, en realidad, era un hasta nunca. Portador de estulticia, tomé aquello como un desquite.

Ella amplió la farmacia y sigue ahí. Tiene un heredero que lleva sus apellidos. La prima Nora dice que él es igualito a uno de mis primos.

SUCIEDAD EN LOS ZAPATOS

Todo aquí se mantiene oscuro; más bien negro. De nuevo me imponen la infancia. Empiezo con algo alegre; luego se retuerce, para dolerme.

Por tres años soñé con tener unos zapatos de cuero para ir a la escuela o al menos para la misa del domingo. Mami solo tenía para comprar unos de hule; eran horribles. Vivíamos pobremente, es cierto; pero yo era coqueto, así que los vestía con vergüenza. Morales se burlaba de mi y de su primo Danilo, mi mejor amigo. A él también le compraban zapatos de hule y, como en mi caso, su padre lo golpeaba con excesivo encono por cualquier cosa; luego se justificaba igual que papá: —“ es por su bien, un día me lo va a agradecer”. Danilo nunca encontró ese día, lo juro; yo tampoco.

Un dieciocho de marzo, mamá pudo comprarme unos zapatos de cuero negro. Danilo no tuvo esa suerte y me los reprochó por muchos años, como si el regalo materno fuera otra de mis culpas. Eran duros; me rompieron ambos talones; pero los adoré con solo verlos.

Me dejaron usarlos para ir con mi grupo escolar al zoológico, en la capital. Fue terrible. A eso de las nueve el estómago empezó un martirio incontrolable y no encontré el baño a tiempo. Me ensució todo. La maestra todavía debe recordarlo con asco. Tuvo que limpiarme y socorrerme. De regreso, me hacinó en el fondo del bus.

Mis zapatos nuevos llegaron sucios a la casa, hediondos. Mami se enojó por eso; protestó durante un rato. Llegó papá y ella le contó lo que yo había hecho. No recuerdo qué le dijo; la verdad, ella había escuchado mi versión sin confianza; como si yo hubiera inventado el dolor de panza y la urgencia vivida, la vergüenza, todas las burlas y miradas de mis compañeros.

Él me dio un tunda larga y llena de reclamos por el dinero invertido en el calzado. Me agarró de la mano izquierda y me azotó con la derecha; un golpe, dos, cinco, ocho; no se cansaba. Al final, ese hombre enorme y tremebundo me pateó con tanta fuerza que pegué la frente en el filo de un mueble y me rompí la cara toda a lo largo. Lloré más por el miedo que por el dolor evidente.

Al amanecer, después de que ese hombre colosal y despiadado se fuera al trabajo, me abordó mamá con cien y mil ruegos.

—“Mi amor, si te pregunta la maestra, decile que te caíste en el caño y pegaste la carita; te lo ruego, no le digás la verdad, por Dios, por lo que más querás”.

L’Agüela no vino. Yo atravesé el pario corriendo y fui a buscarla para que me abrazara, para que me pusiera manteca de chancho en la herida o algún medicamento. Corría y lloraba; la necesitaba mucho.

Ella no estaba. Había oído los gritos furiosos en la noche, pero no pudo entrar a protegerme. Muy temprano, antes de que llegaran el sol y el lechero; ella se había ido a una misa tempranera que acostumbraba celebrar el Padre Miguel en la Iglesia del Carmen. Quería rogar por mi salud; y pedir que Dios curara la violencia de su hijo.

Cuentos corruptos

–“Se lo voy a contar a la maestra, vas a ver mami, vas a ver; sí, esta vez se lo cuento”.

Ella rogó de nuevo. Invocó el Cuarto Mandamiento de La Ley de Dios; pidió una y otra vez. Poco antes de enviarme a la escuela, amenazó con quitarme los zapatos y escribirle a San Nicolás, para que no me trajera regalos navideños.

La Maestra Nelly Matamoros se llevó ambas manos a la cara antes de preguntarme por la herida. Yo hice un intento enorme, lo juro; pero la fuerza de mi alma no alcanzó para decir la verdad. Lloré mucho y sin consuelo en sus brazos.

–“Me caí, Niña, me caí en el caño y me rompí la cara. Voy a ser feo el resto de mi vida”.

Cuentos corruptos

CARTERISTA CASI HONRADO

Pienso que este castigo a base de recuerdos es menor que mi pecado. Solo me inquieta es la escasez imaginaria que padezco. Sigo sin fantasía, no concibo porvenir alguno. Oscilo entre dolencias infantiles y recuerdos de mis errores. Ya me asalta uno distinto, adecuado a la cólera.

Me había alejado de la familia; había lastimado a Felicitas irremediablemente; vivía solo, sin obligaciones. Ahorré dinero. Cursé lecciones de inglés y de alemán. Fui de paseo a Europa.

La muniquense Plaza de María estaba llena cuando llegué de visita. Cientos de turistas esperábamos el Baile de los Toneleros allá arriba, en el enorme carrillón con cuarenta y tres campanas y treinta y dos figuras de tamaño humano. Yo cargaba mi mochila y una enorme valija, porque iba de camino al hotel.

La música empezó; la figuras giraban allá arriba. Yo esta fascinado cando un hombre alto vestido con pantaloncillo de un cuero verdusco y sombrero tirolés me tocó el hombro y dijo algo que no entendí. Lo intentó en inglés y, tras mi respuesta torpe exclamó –“¡Ah, usted es español!

Parecía amable, me miraba directo a los ojos. Le expliqué brevemente que venía de América. Se molestó.

–“En América se habla inglés, señor, no se burle de mí!”.

Le expliqué que América es un continente y no solo ese país que los derrotó en la Guerra y luego les prestó todo el capital necesario para reconstruir el país.

–“No me impochrta su explicación; solo quiero saber si Ustedd extraña algo.

–“A qué se refiere, señor”

–“Lo que le digo; revise sus cosas y dígame si extraña algo”.

Arriba, el carrillón terminaba su danza; la gente volvía a circular por la plaza; yo solo deseaba seguir mi camino al hotel. Miré la valija, moví la mochila.

–“No señor –le dije– llevo todo conmigo”.

–“Bueno, muchas gracias”, me dijo antes de dar media vuelta y perderse entre la gente.

Tras media hora de camino, llegué al hotel. Era de tradición; situado cerca de la Pinacoteca. Ahí me di cuenta, me habían robado la billetera.

Una vez se metieron en mi casa. La alquilaba a buen precio, cerca de la Aduana. En realidad, era la tercera parte de una gran casa de principios de siglo, que el dueño había dividido, para rentarla en partes. Mi vecino era pintor y daba lecciones de artes plásticas en un liceo cercano. Vivía con su esposa y dos hijos. Su parte de la vieja casa tenía un enorme patio y varios cuartos.

Cuentos corruptos

El día que me robaron, él salió debido al escándalo provocado por los ladrones.

–“Hola –les dijo– ¿dónde está el vecino?”

–“Se está mudando –le dijo un tipo desde el camión– se quedó en el nuevo apartamento para limpiar antes de que llegemos con todo”.

–“¡Ah, qué lástima; él no me contó nada”.

–“Nos dijo que si usted salía le dijéramos que viene mañana para despedirse y convidarlo a un vinito”.

–“¡Qué bien; salúdenlo de mi parte!”

Cuando llegué a casa, no tenía cama ni cocina, se llevaron la pecera, tres armarios y una cómoda de caoba que había comprado en la ebanistería de López. Se llevaron un sistema de alta fidelidad, adquirido tras ahorrar año y medio; tres lámparas y toda mi ropa nueva. Del techo colgaron un cuchillo que todavía goteaba tinta roja.

Cuando llegó la policía, tres días después, metieron la curiosidad en todo. Reconocieron la amenaza del cuchillo y uno de ellos me llamó aparte.

–“Vea, señor, ese modus operandi es de una banda peligrosa. La conocemos bien, pero dada la ola de robos tenemos que privilegiar los casos de ciudadanos que nos ayudan con algún dinero. Ya sabe, hay que pagar gasolina, comidas y otros gastos”.

Cuentos corruptos

Ni las amenazas de mi padre me asustaron tanto como la insinuación de aquel policía vestido de civil. Jamás estuve tan solo, desposeído, vulnerable.

No pagué, no recuperé nada, no firmé denuncia alguna. Solo atiné a mudarme de aquel barrio tan pronto como pude.

En el hotel alemán, tan bonito y respetable, no sentí temor semejante, sino ira; mucha cólera. El políglota con calzones de cuero habrá disfrutado a mis costas, mientras esperaba a otro incauto. ¡Argucia perpleja!; menos común en bandas de cacos que entre políticos de oficio. Pero, como decía Felícitas, “el que roba es ladrón; y si lo disimula, es ladrón por partida doble”.

ANTEOJERAS DE CABALLO

Amábamos las matemáticas. La Profesora Obaldía tenía un método estupendo para enamorarnos. Era una cuarentona algo feucha, pero muy agradable, religiosa, responsable. Los sábados íbamos a visitarla. Vivía en el Barrio Faroles, a seis cuadras del rastro donde mamá nos enviaba de niños, cuando teníamos anemia. Ahí nos daban sangre fresca de res. Era asquerosa.

Donde Obandía, por el contrario, nos daban un batido delicioso; siempre había tortillas con queso, emparedados y un queque. Ella nos daba clases especiales. No cobraba, solo disfrutaba de la tarde en nuestra compañía. Nos daba consejos, compartía trucos para resolver ecuaciones o funciones trigonométricas. Al final de la sesión, iba con nosotros a la misa cantada de las seis, en la Iglesia Nueva de los Ángeles.

A final de año, el Director decidió armar un grupo con los mejores alumnos. Seleccionó a sus profesores favoritos.

La profesora Obaldía estaba en el grupo, pero murió en el verano. Se adelgazó con urgencia inusitada en el transcurso de las vacaciones. Murió de cáncer y la lloramos debidamente. El Liceo le dedicó una misa cantada y puso su nombre a una de las aulas.

Todavía la recuerdo con cariño. Me parece injusto que la enfermedad se haya ensañado con ella, mientras hay

gente criminal en las calles. Opinión tonta, si se piensa; la justicia es idea de confección humana, no de la enfermedad ni de la naturaleza. Nadie podría acusar de cruel a un León por matar y devorar a sus presas.

Don Plutarco, a la sazón amigo del Director, nos impartiría la materia. Era muy alto, tez aindiada, manos inmensas. Vestía guardapolvos, como Don Ponciano, el Profe de Trabajos Manuales. Había sido Guarda Fiscal varios años; dicen que lo hirieron durante un operativo contra los contrabandistas. Nunca se recuperó, por eso renqueaba un poco y, muy a su pesar, tuvo que dejar el servicio. Trabajó tres años en el mercado; estudió por las noches y obtuvo un profesorado básico. Gracias a un político que había conocido en su época policiaca, obtuvo el puesto de matemáticas en el Liceo.

Obaldía nos había enseñado a preguntar. —“Si no entienden, pregunten de nuevo”, nos decía. Pero Don Plutarco se molestaba si lo hacíamos. —“En lugar de buscarle tres patas al gato, pongan atención y repitan lo que yo les enseño”.

Así hablaba al principio de sus lecciones. Agregaba: “en el examen solo les preguntaré por lo estudiado en clase, así que en sus casas solo deben repasar todo tal cual yo les enseño”.

Era el profesor del grupo selecto, así que eso debía tomarse muy en serio; pero Gerardo Aguilar era un necio que preguntaba de más en todos los cursos.

—“No le preguntés nada, para que no te tome entre ojos” le aconsejaba Marta Vega, que lo estimaba mucho. Yo la apoyaba, también Fernando Alfaro, Ojuamube, Danilo, Adolfo, Jorge Bernini y Roberto.

Cuentos corruptos

De nada sirvió el consejo; Gerardo solo pudo contener la boca una semana y media. El segundo miércoles de clase levantó la mano.

–“¿A qué se debe el atrevimiento, señor Aguilarcito, con qué preguntilla quiere usted amenazarme?”

Tenía que ver con polinomios, pero ya no recuerdo la pregunta.

Don Plutarco le disparó su mejor mirada policial, levantó ambas manos de manera paralela y las puso a los lados de su frente; se inclinó, dibujó un gesto mordaz.

–“Mire, muchachito, estoy seguro de que todos en la clase, al igual que yo, pueden divisar la solución, incluso si la escribo allá lejos, en la pared del estadio. Hasta un caballo carretonero del mercado, con esas anteojeras que les ponen para que no desvíen sus caminatas, podrían verla. Por eso, no le voy a contestar. Intente pensar un poquito, por una vez en la vida. Si no atina, vaya al mercado y pregunte dónde puede conseguir una de esas anteojeras, para que concentre la mirada y el cerebritito. Son de cuero, compre negras, para que el color no me lo desconcentre. Ahora, ponga atención, majadero, como el resto de la clase”.

Así fue todo el año. En esos días nadie se quejaba, porque bien sabido era que los profesores tenían la razón siempre y nosotros debíamos obedecerles. Es curioso que hayan incorporado esta memoria en mi castigo. Me molestó aquello, pero nunca se trató de un sufrimiento propio.

Pobre Gerardo; sus padres decidieron cambiarlo de colegio. Se graduó con notas sobresalientes. Alguna envidia le guardo. Hoy ocupa una cátedra en la Facultad de Ingeniería.



CASA POR BENDICIÓN

Gerardo Aguililar tuvo un hijo con Orleana, a la que conocí en mis clases de Yoga. Él no reconoció al niño ni se interesó en su crianza; ella nunca reclamó por pensión ni otros cuidados.

De las lecciones de Yoga a una aventura hubo poco que recorrer. Planeamos una relación que no transgrediera el límite de la pasión. Nos engañamos; cuando la pasión enfrió naturalmente, optamos por una amistad sincera y nos alcanzó por varios años.

Orleana era secretaria de un bufete especializado en temas de negocios. Cuando nació el hijo, su familia la apoyó para que estudiara economía y pudiera criarlo con mayor holgura.

Su inteligencia me desbordaba tanto como la farmacéutica de mi pasado. Dejé de frecuentarla por eso; pero un día la topé en una librería del centro comercial. Yo buscaba un regalo para la joven que deseaba conquistar en esos días; mi lugar era el de Autoayuda. Ella había comprado una novela premiada. Decidimos tomar un café donde el italiano de al lado.

Se veía muy bien. Era gerente de una firma financiera que le facilitó un crédito a bajo costo para comprar casa. También tenía un puesto parcial para enseñar matemáticas financieras los miércoles por la

noche, en cierta universidad privada. Esa noche, el hijo la esperaba donde los abuelos; ya tenía edad escolar y le iba bien en los estudios. Ella no tenía pareja ni deseaba tenerla.

Ahí quedamos esa vez. No intercambiamos teléfono ni direcciones electrónicas. A los seis meses, volvimos a coincidir en esa librería. Ella se veía diferente. Tenía ojeras, estaba triste. Ahora compraba en la sección de Autoayuda. Su hijo había contraído algo grave; un médico le había dado mal pronóstico. Poco supe decirle.

Volví a encontrarla tres veces. En noviembre, me contó de un religioso que le ofrecía plegarias y ayuda milagrosa para el hijo. A cambio, ella dejó el bufete y la enseñanza. Ahora dedicaba el día y la noche a un servicio de culto.

El niño mejoró, al principio; el médico reveló su optimismo. Ella lo atribuyó a fuerzas metafísicas. Su director espiritual le pidió la casa, para seguir apoyándola. La última vez que nos vimos, me atreví a contrariarla por tal decisión. Fue una tontería, ella era capaz de cualquier cosa para que el niño sanara.

Días antes de morir, la vi de nuevo. Trabaja para el servicio religioso sin salario ni garantías. Donó su casa al prelado; aceptó vivir de lo que la agrupación le da mensualmente. A cambio, su hijo cuenta con una bendición poderosa. La congregación reza y lo llora reunida en ceremonia semanal frente a una lápida austera, rodeada de flores.

UN HOMBRE CON MACHETE

Una de mis obligaciones como Director de Crédito en el Banco era la de asesorar al personal de todas las Agencias y Sucursales del Banco en el país. Era una tarea agradable.

Viajé y conocí lugares que de otra forma nunca hubiera visto. Me daban viáticos estupendos; comía platillos asombrosos. En provincias del Pacífico disfruté las iguanas en achiote, los guisos de tepescuintle, pianguas en su salsa y camarones inmensos. En el caribe, descubrí el delicioso rondón y unas enormes langostas de temporada.

El trabajo nunca fue arduo. La verdad, solo presentaba a los especialistas que llevaba a cada zona: mi amigo el abogado, un ingeniero agrónomo y un graduado universitario en asuntos financieros; una bella asistente satisfacía todas mis necesidades, el conductor era incondicional.

Poco decía, pero los empleados de las sucursales me trataban mejor que a un sacerdote o a un médico. Nunca faltó una invitación a tomar licores finos en la finca de algún terrateniente. Un día, cuando regresábamos de la Zona Norte, me contagié de un humanismo estúpido. Casi me cuesta la existencia.

Mis colaboradores habían tenido que permanecer en una agencia de la región. Yo no quise quedarme

acompañarlos, porque el hotel carecía de aire acondicionado y el calor era infernal.

El conductor y yo salimos del lugar a eso de las dos y media. Dos o tres kilómetros antes del Puente Profundo, ví a un señor rociando veneno contra el viento.

–“Mire usted, Eduardo (el conductor), a ese señor le dará cáncer. Si llega así a la casa, va a infectar a los chiquitos con el veneno que debe tener en la cara y la ropa. ¡Sabe qué! Pare un momento; ya regreso.

“¿Qué va a hacer, Señor?”

–“Solo espéreme, ya vengo”

–“Pero, Señor, tenga cuidado, la gente de estos lares es muy orgullosa”.

–“No se preocupe, yo le hago un favor al señor y me devuelvo”.

Se puso furioso; me acusó de homosexual, de marica, de arrogante y tonto, un afeminado del Valle. Aquel peón levantó el enorme machete y me persiguió hasta el carro profiriendo insultos y altanerías.

Me asusté mucho, no lo niego. Media hora después paramos frente a un restaurante de carretera.

–“Eso es lo que me pasa por querer ayudarle a esa gentuza”, le dije a Eduardo.

–“Se lo dije, Señor. Usted no le va a cambiar la vida a las personas de este lugar, que viven como pueden. No

Cuentos corruptos

importa si Usted tiene la razón en este caso. La gente es lo que es, Señor. Él tiene años de trabajar así, debe estar orgulloso de lo que sabe hacer. No es bueno decirle a alguien que su vida es un error”.

–“No es justo, Eduardo, yo le hablé de buena fe”.

–“No lo dudo Señor. Pero, con todo respeto, piense qué sentiría si ese muchacho de la universidad que lo acompaña le demuestra que su método de trabajo es tonto.

Tenía razón; pero me enojé mucho y decidí darle un machetazo simbólico contra subalternos impertinentes. Llamé al encargado de transportes; y lo asignamos a una sucursal muy lejana. En esos días no existía legislación laboral que lo impidiera.

PERDÓN A TIEMPO

No me agrada esto. Una voluntad ajena me jala como cuerda de yoyo. Hace un instante me hallaba en el Banco pero, de pronto, imagino a Gerardita Guillén, la del Liceo. No la he visto en muchos años; ella ni siquiera asiste a los aniversarios de nuestra graduación.

Puedo verme con ella como en una película. Le agradan mis dibujos. Estamos en segundo año; ya sé perfilar una cara con carboncillo en pocos minutos. Gracias a eso hago amigas. Hoy me di cuenta de que el novio de Gerardita está celoso. Me amenazó frente a El Ponedero, frente al Parque Central.

El tipo mede una cuarta menos que yo, pero es fornido y pendenciero. Pese a desconocer el arte de la pelea, yo no me asusto. Gerardita me contó que él practica boxeo en la Ebanistería de López tres veces por semana. Pero es improbable que un adolescente como él supere las palizas de papá.

Lo que de veras me asusta era la idea de hacer el ridículo frente a todos. También me da temor golpearlo, sacar al necio ese y que la policía me arreste o, peor, que le avisen al Director, para que me saque del Liceo. Además, si le cuentan a Mami que yo ando en un pleito, se lo dirá a Papá y él sí me va a partir a golpes.

Gerardina lo convence de otorgarme un perdón que no requiero. Él me ofende y se va. Quedo ahí pasmado; como un cobarde ante el mundo.

Gerardita no me retira la amistad; ahora soy más que antes. De ahora en adelante va a contarme –solo a mi– las barbaridades que él le hace y también cómo la besa y cómo se esconde con él en una banca trasera de la Parroquia. Ella tiene lecciones las tardes de los martes y los jueves. Cuando sale, a eso de las cuatro, él la espera. El templo permanece abierto hasta la noche. Solo un par de viejitas reza allá adelante.

Ahora me lo cuenta: una vez dejó tirada la ropa íntima en el piso, porque un grupo de señoras se les acercó mucho. Pero, en general, sus rutinas acababan en buena forma.

Cuando terminan de adorarse, gatean cada uno en dirección contraria. Al inicio de tales aventuras, él salía por la puerta principal; ella se escabullía por el jardín norte; pero un día después de encontrar los calzones en el piso, el Padre Miguelito cerró ese jardín con dos candados.

En todas las misas del domingo denunció, desde el púlpito, aquel hallazgo, el espantoso pecado. Las rezadoras y las chismosas dieron lengua a aquello por todos los barrios. En sus tardes de café, las amigas de mi Tía Leyla tejieron sospechas contra personas inocentes. Solo tres sabíamos la verdad; aunque Gerardita Guillén aseguraba que Dios y el Diablo también debían saberlo.

Le hice varios retratos a ella y a cuatro amigas suyas. Una señora me pagó seis pencos una vez, para que

Cuentos corruptos

dibujara a su bebé. Agüe llegó a pensar que yo llegaría a ser un pintor famoso. Se equivocó, aunque en los días de Liceo yo soñé un par de veces con eso.

Gerardita Guillén me confiaba todos sus pecados o me pedía consejos; un día alentó la idea de que yo estudiara psicoterapia. Otro Destino me hizo víctima suya, o quizá fue mi libre albedrío, que siempre fue muy traicionero.

Ahora, en este lugar de castigo, recuerdo o imagino que, tras la aparente cobardía frente a El Ponedero, yo hice por primera vez algo que luego practiqué en situaciones parecidas. Hubo muchas, porque otras mujeres como Gerardita Guillén confiaron en mi; algunas hasta engañaron a sus maridos para estar conmigo.

La justicia que decidí reclamar al novio de la Guillén era contundente y sorpresiva. Yo estaba enojadísimo; más conmigo que con nadie. Me levanté temprano al día siguiente; fui a la casa de aquel tipo. Su madre abrió la puerta. Sonreí con carita de pelele; –“Buenos días Doña, está Carlos”.

–“Hola, sí, quién le digo que lo busca”

–“Dígale que un compañero de Gerardita, el que ayer estuvo con él frente a El Ponedero”

Salió pronto.

–“Vea, esta es la casa de su familia, así que se lo digo con decencia, aunque usted no la tiene ni la merece. Ayer me ofendió delante de todo el mundo; ahora vengo a romperle la cara en privado. Lo espero en El Campillo,

piense qué le diré a su mamá, porque se lo voy a devolver lleno de sangre. Y si no llega a concederme este desquite, peor le va, porque voy a la Ebanistería y ahí sí que lo humillo delante de todos”.

Lo dije en serio, sin dudas ni temblores. Pese a mi ignorancia de tales violencias, supe clavarle mis ojos de asesino en su frente. Ha de haber visto esa contundencia que años más tarde me haría saltar la tapia del vecino y descargar la pistola. Él llegó al ratito y me dijo algo que yo no esperaba.

–“Perdón”.

Si ayer, antier o la semana pasada el vecino hubiera dicho algo parecido, de seguro estaríamos todavía en el barrio y su perro también conservaría la vida.

OTRO DELIRIO EN TINIEBLAS

Maté a un hombre y a su perro; he repasado hechos bochornosos. Ahora el Averno empieza a lastimarme. No me importa ser incapaz de ver mis brazos o las manos; lo que me asusta es esta situación tan oscura y continua. No duermo ni respiro, no percibo el tiempo.

Ustedes pensarán que me preocupo sin razón; que aquí hay un orden temporal, que solo necesito pensar en lo que ya imaginé y decir: “eso antecede al trabajo en el Banco, por tanto es algo del pasado”. ¡

Díganlo!: “tal reflexión es suficiente para identificar el paso del tiempo. Si el prisionero puede tejer un plan para más tarde, solo debe recurrir a la esperanza, pues la acepción de ese término incluye el futuro como algo necesario. En el medio está él, completa y decididamente presente”.

Ya lo intenté. Pero creo que esa razón solo resulta funcional entre los vivos. En este OscurísimoNegro del infierno la idea se convierte en algo aterrador. Pareciera que el Diablo tiene el poder para que los inquilinos de este lugar confundamos los recuerdos memorias con proyectos o aspiraciones que en vida no pudimos realizar.

Trato de explicar ese fenómeno, pero el lenguaje me traiciona. Cuando decido ubicar mi pasado, pienso

en todo como si se tratara de algo por vivir, no algo ya terminado. Si, a la inversa (que podría ser al mismo su contrario) me propongo imaginar algo para más adelante, lo veo atrás, como si lo viviera desde antaño.

Lo más preciso que puedo ofrecer al lector para dar cuenta de esta situación es un símil: mi conciencia actual es como los motetes musicales, donde todos cantan a la vez frases distintas. La negrura de este infierno ha convertido mi tiempo en un monolito. Es aberrante, oscurísimo, incomprensible; se opone al razonamiento, a cualquier lógica certera.

En mi mente, lo malo cohabita con lo bueno sin mediaciones. Pero afirmar que tengo pensamientos simultáneos sería erróneo. Todo en mí está agrupado y juntísimo, impenetrable, definitivo.

Esto es un infierno de parte a parte. Parménides (hombre extraño porque siendo acaudalado también era filósofo) imaginó algo menos tremebundo. Según él, lo que existe no fue antaño ni será futuro, pues permanece enteramente en el ahora. Acaso evitó pensar en la Nada y en esta irremediable soledad por temor o ignorancia.

¡Uf! Ese es otro delirio, una esquizofrenia momentánea. Debo tranquilizarme. A partir de este momento alucinaré despacio; evitaré reflexiones inútiles sobre el intelecto y el tiempo descarriado.

Corromperé la razón; haré del sueño mi conciencia. En la modorra reinventaré el tiempo y así las cosas, la luz que tanto amé, mi mundo y el frágil bienestar de la memoria.

TRES DE GALENOS PRIMERO: UNA MEDICINA REGALADA

Se ha vuelto a mezclar lo viejo con lo nuevo; este infierno no respeta las edades; o, quizá es solo que mi ensoñación divaga entre la niñez y los sufrimientos tardíos. No he conseguido imaginar un por venir, aunque mi razón conoce bien ese concepto.

De pronto, me veo con Agüela de camino al consultorio público. Soy su nieto favorito; disfruto andar con ella, llevarla de la mano por las calles, escuchar su voz tan grave, saber que mi compañía la alegra y la enorgullece.

Salimos de casa a eso de las seis y media. Al paso de ella, duramos mucho. Bueno, nos atrasamos un poco en la soda de Miguelón porque, aunque era muy temprano, los dos nos antojamos de un granizado. Los que vende Miguelón son los mejores del mundo. Como la cita era a las nueve y media, nos lo comimos esa delicia a pie. Por fin llegamos. El edificio es nuevo; a mi me parece muy lindo, grandote, iluminado con enormes ventanas, moderno, con olor a limpio.

Somos puntuales y ellos también, acaban de llamarla.

—“Hola Doñita. Veo que viene bien acompañada; a ver muchachote, vení aquí, dame la mano. Creo que alguien me dejó una paleta de menta para vos”.

La doctora de Agüe me cae muy bien. Ella es la única mujer entre los médicos que atienden en este lugar.

La vez pasada, mientras esperábamos turno en el servicio de inyectables, escuché opiniones sobre ella. Los pacientes la quieren; su consulta la que primero se llena.

Dicen que se hizo doctora en otro país y que es tan inteligente como amable. Tiene la piel morenita y el cabello tan negro como el de Agüe.

Cuando entramos en el consultorio, me da un libro que, al abrirse, se convierte en una especie de escenario, con un barco de tres dimensiones, piratas, cañones. Me lo presta y sienta a L'Agüela en una cama larga, dispuesta tras unas cortinas. La examina, le dice algo que no escucho bien. Salen al ratito. Se sientan una frente a la otra.

–“A ver Abuelita, le voy a recetar un par de cosas; pero hay una medicina que no tenemos en este Hospital y yo necesito que usted la tome; así que hoy a las cinco y media va a mi consultorio, en la casa, y la recoge”.

–“Pero, Doctora, en estos días yo no puedo comprar medicinas”.

–“Doña Felicitas, llegue a las cinco y media, por favor. Ahora, vaya a la farmacia, que ya debo ver a otro paciente... ¡Adiós Muchachote!”.

Recogemos las medicinas en la farmacia y, según creo, todo sale bien; pero Agüe se ve preocupada.

–“¿Qué pasa Agüela, te duele algo?”

Cuentos corruptos

–“Nada. M’hito, nada”.

Yo la conozco; algo le pasa. Llegamos a casa, ella se va a la cocina y yo a mis juguetes. Después del almuerzo salgo al patio, para molestar a las gallinas. A eso de las tres, Agüela me llama.

–“Ayúdame a cortar el racimo de plátanos del fondo, porfa”.

–“¿El grandote? ¡Qué bien Agüe, vas a hacer picadillo!”.

–“No mi amor, se lo llevamos al Doctorcita”

A las cuatro se lava la cara y se la espolvorea con un talco que le aclara la piel. Se pone el vestido amarillo, se marca las cejas con un lápiz de punta suave y se mancha la boca con un color rojo clarito.

–“Vamos, m’hijo”.

Me toca cargar el inmenso racimo. Cada veinte pasos debo bajarlo y descansar; ¡qué suplicio!, me siento como un Cristo sin samaritano. Al fin llegamos. Agüe está inquieta; debe estar muy enferma y lo guarda en secreto.

–“Doña Felicitas”, llama la enfermera. Y allá vamos, yo cansado, ella con cara de no quiero.

–“¡Hola, otra vez!... mirá muchacho, aquí tengo confitillos de mora”.

–“Hola Doctora, aquí estoy, como usted me lo pidió esta mañana”.

–“Siéntese, Felicitas, siéntese. A ver... aquí está, esta es la medicina. Le doy tres cajas para que no tenga que venir hasta dentro de tres meses. Necesito que se tome una cápsula todas las mañanas, antes de tomarse el cafecito. Esta semana, debe venir aquí cinco días. Eso sí, ¡bien temprano! Yo estaré, aquí en el Hospital, pero Leyla la va a esperar aquí a eso de las ocho, para administrarle una inyección”. En ese punto, Agüe Felícitas la interrumpe.

–“Verá, Doctora, yo vine ahora porque a usted lo quiero mucho y quiero hacerle un desaire. Le prometo que en estos meses ahorro alguito de plata y vuelvo por la medicina apenas pueda. Por ahora, le traemos esos platanitos y un corazón atiborrado de agradecimiento, pero dinero para pagar la cita no tengo.

–“¡Pero, Felicitas, no tiene que pagar nada; tome las medicinas, nada más, se las toma y esta semana viene para que Leyla le ponga las inyecciones”.

–“Vea, Doctorcita, usted ya sabe que yo soy muy pobre; pero déjeme contarle que mamá me crió con dignidad y que antes de morir me hizo prometer que yo jamás debía aceptar limosna de nadie.... así que le pido perdón y le doy las gracias por su generosidad; pero tengo que rogarle que me entienda y me guarde esas pastillitas hasta que se las pueda pagar”.

–“A ver, Doña Felícitas, yo la entiendo muy bien y creo que debo disculparme con usted, por inducirla a error. La verdad es que esto que le estoy dando a mi me lo da un visitador médico de regalo; es decir, me lo trae como una colaboración para que yo haga bien mi trabajo. Además, le voy a contar que yo tuve la suerte de que me dieran una beca para estudiar en el extranjero. Sin esa beca, creo que no estaríamos aquí. En sentido

Cuentos corruptos

estricto, usted me hace un favor aceptando las medicinas, porque así me permite retribuir aquello que en el pasado yo recibí gracias a los impuestos que todos pagamos. Esto no es una limosna, Felicitas, es una deuda. Reciba mi abono, por favor”.

Agüela empezó el tratamiento al día siguiente. Yo no tuve que volver a cargar plátanos hasta el consultorio, porque ella habló con Don Eladio, el dueño de la ferretería y él la contrató para que aplanchara ropa los sábados.

SEGUNDO: EL QUE DABA SORPRESAS

MI amigo José era médico; lo llamábamos Jojó, pero el apodo no tenía que ver nada con la Navidad. Es más, no sé porqué le pusieron así; creo que era un sobrenombre de adolescencia o algo por el estilo.

Jojó regresó de su pasantía en Medicina Forense y, tras cuatro años de trabajo en un hospital capitalino, lo nombraron Subjefe de Patología. En marzo lo internaron debido a un balazo que le perforó la pierna. Temimos por su vida.

La herida no era grave, pero estábamos seguros de que alguien deseaba eliminarlo. No era la primera vez; Jojó tenía enemigos por todo lado.

Hace un año y medio, trataron de darle una lección violenta, después de que le negó ayuda a un colega. Salió de eso a su manera; pero quedó advertido.

Todos lo saben, en este país hay torturadores; el ejército les paga bien. Algunos se graduaron como dentistas, otros como médicos. Por razones diversas, dejaron de serlo, para unirse a los sargentos y a los capitanes. Sabían hallar la verdad, toda la verdad; incluso podían hacer que los prisioneros creyeran haber cometido la verdad que los militares deseaban endilgarles. No todos se dedicaban exclusivamente a esas tareas.

Sabemos de tres o cuatro que conservaron sus trabajos honrados y, a escondidas, dedicaron horas nocturnas a labores que les encargaba el Círculo del General, una organización paramilitar de la que se habla todavía en todo el continente.

En mayo pasado, uno de esos medicastros le llevó a Jojó el cuerpo de una mujer que acaba de asesinar en el quirófano. Llegó con actitud amenazante: –“necesitamos que firme este informe forense”.

–“Deje que lo lea – le respondió sin verlo– yo se lo llevo a su oficina, colega”.

No lo hizo. Jojó escaneó los papeles y, tras comprobar que aquello era un asesinato, puso el caso en algún sitio de la Web.

Según él, eso que guardaba en la Web era, en realidad, un seguro. No sé cómo lo administraba, pero una ingeniera de sistemas que bien conozco me ha contado que las cuentas de ese tipo existen realmente. Yo le creo; mi labor de imaginarla y de darle realidad en secreto ha sido exhaustiva; por eso no tengo razones para desconfiar de ella.

Jojó solía explicarnos que, si le pasa algo malo a él, todo lo que había puesto en ese lugar virtual saldría a luz publica aquí y en otros países.

Sus amigos sabíamos que él había recolectado pruebas contra colegas suyos, contra un alto funcionario del hospital y contra varias enfermeras; incluso tuvo las pruebas de un caso en que resultaba evidente la participación criminal de El General y de varios ministros.

Cuentos corruptos

—“Yo soy de cuidado —decía Jójó tras dos cervezas— soy un muerto en potencia, así que no le temo a nadie”.

La cosa es que él se negó a firmar aquel informe. Primero, el colega lo acusó de ser un maldito, un traidor, un hombre que no sabía de ética porque, según le gritó mientras lo seguía por los pasillos del hospital, lo moral y justo en esos días era proteger a los de la cofradía, cubrir sus faltas con mentiras y embustes. Jójó no cedió un ápice en su decisión.

Por la noche lo esperaban en el estacionamiento. Eran cinco. —“ahora le vamos a enseñar un poco de lealtad, doctor Fernández”. Él sacó una pistolota de su maletín; hirió a uno. Los otros se desbandaron, mientras él gritaba: —“aquí las sorpresas las doy yo”. Pero, treinta días más tarde, cuatro sujetos enmascarados le quemaron el carro y le dieron una golpiza “para que aprendiera”.

Lo de marzo fue algo peor. Le dispararon en la pierna, lo escupieron en la cara. Días después nos contó que un colega borracho pretendía que él reportara la extracción de un tumor inmenso que aquejaba a una joven recién ingresada al hospital. No era tumor, era un feto. Ebrio como estaba, el médico equivocó la cirugía. Pese al error, él era un favorito del gobierno. Por eso, seguramente, antes de que la noticia circulara, reubicaron a Jójó en un hospital costero. Luego regañaron al beodo y lo obligaron a aceptar la gerencia médica del sistema hospitalario militar.

La verdad, a los amigos nos encantó que Jójó viviera cerca de la playa. Visitarlo era motivo de fiesta y, a la larga, el nuevo puesto lo mantendría fuera de peligro por algún tiempo.



TERCERO: OJO POR CLIENTE

Miguel era conductor de camiones; vivía cerca del hospital, con su esposa y cuatro hijos. Cierta tarde de abril, descargó una carga de piñas en el muelle y se fue a pasar un rato con una mujer joven, que en el lugar apodaban La Desgracia.

A eso de las cuatro y media se sintió agotado; pero decidió emprender el viaje de regreso a casa. A quince kilómetros del puerto tuvo que hacer una parada en La Bonita, una cantina rodeada de árboles, bien conocida por sus guisos de tortuga.

Miguel comió un amplio plato de sopa; luego subió al camión para dormir la siesta que mucho requería. A eso de las siete despertó y preparó el ánimo para el viaje. Abrió la ventana, sacó la cara para ventearse y arrancó.

Cuando llegó a su casa, no supo explicar cómo al avanzar se golpeó el rostro con la rama del árbol junto al que estacionó el camión. Debido al impacto, el ojo izquierdo le picó con insistencia; él se rasco y se frotó durante todo el viaje; a picazón creció en efectos. Miguel decidió paró en otro aparcadero, para ir al baño.

Se enjuagó la cara varias veces, dejó correr un largo chorro de agua por el ojo. De nada sirvió; el ojo se enrojecía de tanto en tanto con más ganas.

Llegó a su casa a eso de las once y media de la noche con un pañuelo a lo pirata.

–“Eso se te cura con manteca de chancho y sal” le dijo la suegra, que se levantó como de costumbre, para hurgar la mirada infiel del yerno.

Nada; a la mañana siguiente el ojo estaba horrible. Como pudo, la esposa le lavó el emplasto de manteca y lo convenció de ir con ella al hospital.

–“Vea, señor, se le desprendió la retina” –les informó el Director de Oftalmología– y déjeme decirle que si no se opera pronto, pierde ese ojo. Por desgracia, tengo una fila enorme antes de usted”.

–“Ay, Doctor, ayúdenos, por favor; vea que mi esposo es chofer de camión y sin la vista perderá el empleo; por favorcito, Doctor, ayúdenos”.

–“Bueno, mire, yo lo puedo operar, pero de forma privada; consiga dos millones de pencos y mañana mismo lo hacemos”.

–“¿Cuánto dice, Doctor, dos millones?... eso es más de los que ganamos él y yo en un año”.

–“Pues, si quiere ver y conducir, eso es lo que le cuesta; y, se lo repito, o se opera o pierde la vista”. Dio media vuelta y entró en su oficina.

Tanto dinero no se consigue fácilmente, pero de alguna forma movieron la misericordia del dueño de la camionera quien, aunque parezca extraño, les prestó el

Cuentos corruptos

dinero sin otra garantía que una promesa de Miguel para permanecer a su servicio después de recuperar la salud.

–“Aquí está el dinero, Doctor, ¿cuándo puede operar a mi esposo?”

–“Mire, doñita, voy a confiar en usted, ni cuento esa platilla; traiga a su marido, ya lo interno”.

Para salir del asunto con rapidez, el médico postergó una intervención quirúrgica que le habían programado a otro paciente ocho meses antes.

Todos estaban felices en la familia, hasta que el ojo se volvió a poner mal y tuvieron que regresar a la Unidad de Oftalmología.

–“Mire usted –dijo el Director de Oftalmología al verlo– debe haberse frotado”,

–“ No Doctor, no. ¡De veras! Le juro que hice solo lo que usted nos dijo”

–“Ya no importa, ahora debo volver a operarlo; esta vez con un silicón especial, así que le saldrá un poco más caro”.

–“Pero, Doctor, ya le pagamos lo que nos pidió. No tenemos más”.

–“Lo lamento, ese es su problema. Pero se lo advierto, si no opero eso rápido pierde el ojo. ¡Bueno!, les deseo un buen día!”.

Tras dejar al marido en casa, Yolanda fue a comprar unos menudos de pollo para darle sopa. En el mercado se topó con una maestra de la escuela y, llorando, le contó lo de la operación con todos sus detalles.

–“Vea Yolanda, yo encuentro muy extraño eso – le dijo– creo que el médico debió darles una garantía. ¿Tienen la factura o un recibo?”

–“No tengo nada, el Doctor me dijo que él solo recibe dinero en efectivo y que si le piden factura triplica el precio”.

–“Hagamos una cosa, yo puedo ayudarle a pagar una cita donde el doctor Evaristo Jiménez; es el mejor oftalmólogo de la ciudad. Dada la emergencia, él le podría darle cita pronto, quizá hoy mismo. Déjeme llamar a mi esposo que es bogado y nos puede ayudar en esto”.

Miguel llegó de prisa; el galeno aceptó verlo de inmediato.

–“Lo operaron hace poco; usted debió decírselo a la enfermera que tomó sus datos. Lamento informarle que lo hicieron mal, muy mal” –el reputado Evaristo Jiménez había visto eso antes– “Dígame, ¿lo operó el Jefe de Oftalmología del Hospital?”

–“Sí señor, fue él”

–“Si lo desea, le doy una epicrisis, para que busque un abogado y trate de recuperar su dinero”

–“¿Una qué?”

Cuentos corruptos

–“Una hoja donde explico lo que le sucede, lo que le hicieron y cómo se lo hicieron; podrá probar que el ojo está en peligro por una mala praxis.., digo, por una cirugía mal hecha”.

–“Está bien, Doctor, como usted ordene”.

–“Bueno; pero yo no me encargo de esas intervenciones quirúrgicas, lo hace mi colega; ya le hablé, podría atenderlo más tarde. Le cuesta cinco mil dólares”.

No tenían la plata, pero el esposo de la maestra se comprometió a darles ayuda para recuperar los dos millones de pencos. Dada la insistencia de la maestra, que bien conocía la situación económica de aquella pareja, dijo que no se encargaría de una demanda por daños, porque hacerla era caro y duraba mucho.

Les puso una condición: –“Va a operarse con el otro médico; si vuelven donde el que les hizo esta barbaridad, no les ayudo más”.

Días después me enteré: como no pudieron reunir los cinco mil dólares, ellos fueron a rogarle al matarife.

Miguel perdió el ojo y su trabajo. No sé cómo le paga el préstamo a su viejo jefe. Su esposa elude desde entonces a la mía en la calle y en el barrio.



Fe de erratas

En este aposento se confunden cada vez más las fantasías con la luz y la memoria. Tras un empeño inusual, he podido recordar que, en realidad, el país había eliminado el ejercito varias décadas antes de la muerte de José; la Escuela Estatal de Investigadores había sido clausurada y ya no existían celdas de tortura en los Altos Tribunales.

A él lo asesinó un sicario, pero sus denuncias nunca aparecieron en Internet.

El que mató al feto todavía es Gerente. El Director de Oftalmología obtuvo una jubilación de lujo ocho meses después de dejar tuerto a Miguel. Esta historia Miguel no pareciera corresponder con mi castigo infernal. Lo que no he contado aquí, sino en otros relatos, es que Nelly, la tía abuela con que vivía Felicitas, también cayó en las garras de ese oftalmólogo. Su hijo, furioso, contrató a dos de los matones y, desde entonces, el médico renquea de la pierna derecha. De todas formas, ella no volvió bien su libro de oraciones.

De todos esos hechos estoy seguro porque, antes de que cayera sobre mi esta negrura irremediable, guardé pruebas del mundo en registros imaginarios, los cuales, como se habrán dado cuenta, impiden mi capitulación o mi exterminio.

EL PERICO ESTÁ A SALVO

La infancia me atormenta de nuevo. Creo que tanta remembranza de esos días tiene algún propósito cruel. Chiquillo yo era ingenuo; de haber muerto entonces, el vecino seguiría dándole mala vida al barrio, su perro estaría vivo y yo disfrutaría de los crepúsculos abrileños.

En este momento la imaginación recrea, sin mi permiso ni deseo, el primer día escolar.

La maestra era Doña Pilar; mujer de cara hermosa, delgadita, muy blanca. Ese día vestía blusa de manga corta y enagua azul marino. La adoré desde entonces. Nos sentó en un círculo, para que nos presentáramos entre todos con nombres y apellidos. Luego, sentada al frente, empezó a leer el cuento de Pulgarcito.

Allá afuera, en el patio central, la campana difundió un tañido grave, intenso. –“A ver, mis chiquitos, ahora hay que salir en orden”. Yo recogí mi bulto nuevo y me dirigí a la puerta.

–“No llevés el bulto afuera; aquí está seguro”.

Unos veinte minutos después llegué donde Agüela. –“¿Qué está haciendo aquí, m’hijito? –“Es que tocaron una campana y la Niña Pilar nos dijo que saliéramos; también me dijo que dejara el bulto”.

–“¡Qué raro! Bueno venga, cómase esta tortillita con queso; después me ayuda con las gallinas”.

Así era siempre y ni cuenta me daba cuando los primos se burlaban de mi. Con L´Agüela cuidándome, sobreviví a las tonterías de aquel año. Todo tenía color de sonrisa; menos mi papá, que mucho me pegaba y tanto miedo me infundía. Por suerte, él salía de casa antes de que llegara el sol al mundo y regresaba a eso de las seis; enojoso; casi siempre grosero conmigo y con Mami.

Algo de mi candor murió un anochecer de mayo. Escuché gritos, corrí al cerco. La casa que Mipo le había hecho a su hija en el patio se estaba quemando. –“Agüe, Agüe, vení a ver esto”.

Agüe Felicitas no estaba; apenas oyó el clamor en la calle fue donde el vecino “para ayudarle en lo que pueda”. Mamá me pidió que fuera al cuarto y me quedara ahí tranquilo, pero yo corrí a traer la manguera.

–“¡Mami, mami, vení! Ayúdame, ayúdame. Tal vez el chorro de agua llegue hasta el incendio”.

Esa fue otra bobada, como la de regresar a casa en el primer recreo escolar. Entre nuestro patio y el de Mipo estaba el de María Campos, la rezadora. La manguera era corta y el grifo era de seguridad, para que nadie desperdiciara el agua en el solar; la cerca era muy alta para mi. Aliento la idea de que el Destino decidió manchar de impotencia aquella hora.

No recuerdo cómo eludí las órdenes de Mami; sé que corrí a buscar a L´Agüela, pues temí que ella también se quemara.

Cuentos corruptos

Llegué donde Mipo sin que nadie lo advirtiera. Vi a dos bomberos salir de las llamas, allá, en la casa del fondo, que no era de adobes, como la del frente, sino de madera. Sacaron dos cosas negras por la puerta; eran pequeñas, pero al verlas todos gritaron. Carlitos y Soledad, todavía lloro al verlos; estaban hechos de carbón. Dos años y once meses respectivamente. Eran los bebés de la casa; eran los consentidos del barrio.

Carmen los había dejado al cuidado de Martín, uno de sus tíos intermedios que cursaba el sexto grado. Él quería mucho a los chiquitos. A eso de las seis y media, pensó que el perico tenía apetito. Había que cuidarlo; Mipo se lo regaló a los dos nietitos, para entretenerlos.

Las semillas que habían comprado para el pájaro estaban en la cocina de la otra casa. Martín dejó a Carlitos y a Sole en el cuarto “apenas por un momentito”, con la candela asesina. Cuando regresó, todo se consumía entre las llamas y el humo. Entró como pudo y se topó con el perico. Lo puso a salvo en la otra casa; después fue por los sobrinos. Era tarde.



LA MOTO

Antes de la Gran Guerra, Nelly y L'Agüela compraron casas contiguas; pero no supieron vivir alejadas una de la otra. Sin un plan previo ni justificación alguna, se quedaron juntas en la de Nelly, porque Agapito, su hermano mayor, la encaló antes que a la otra.

Daban a la calle principal en el Barrio del Carmen, a dos cuadras de la Iglesia. Las habían construido con enormes bloques de adobe; ambas con fachada estrecha para la época; pero eran muy largas hacia adentro y contaban con un solar enorme, poblado de árboles y cultivos diversos.

La casa de Nelly tenía un enorme espacio techado al fondo. Lo construyó Agapito un año después de adquirida la casa. Al principio tenía piso de tierra, luego le pusieron una losa roja, que untaban cada semana con ocre brillante. La restregaban diariamente con una escoba de mijo; se veía brillante, muy limpia. El techo era de tejas, como en el resto de la casa. Estaban dispuestas sobre unas vigas gordas de guachipelín. Agapito aprovechó los restos grisáceos de esa madera para hacer una banca larga y maciza, con apoyabrazos tallados y unas patas anchas, que parecían de león o de tigre.

Veinticinco o treinta años después, nos sentaban ahí a todos los nietos, para que rezáramos un rosario

mensual o comiéramos el queque de los cumpleaños. Siempre había helados de sorbetera, sobrecitos de gofio, confites redondos de mora. Llenaban una tinaja con dulces, pitos y globos de colores; la guindaban de una viga con un mecate que alguien jalaba cada vez que un niño arremetía contra el recipiente con un garrote de guayabo.

En diciembre, Agapito colgaba del techo un chanco muerto, para que Zamora, el carnicero, lo partiera debidamente. Sajaba las chuletas, los cuartos, la posta. Apartaba la cabeza para que Agüe hiciera chicharrones. Había mucho pellejo para los frijoles, tocino y grasa para los tamales; del corazón y otros menudos hacían una sopa que nunca me gustó. Nelly le daba a Zamora el lomo del cerdo como pago por su servicio. En este momento olvido qué hacían con el resto; pero tengo viva imagen de la sangre. Todavía tibia, la adornaban con especias y la convertían una enorme morcilla, que Agüe y yo disfrutábamos luego con un chorrito de jugo de limón criollo y culantro.

Si ella no palmeaba sus enormes tortillas para acompañar esa delicia, yo iba donde Eduvigis, hermana de María la rezadora. Ella me daba unas tortillas medianas de maíz amarillo, a cambio de un pedazo del embutido. A veces me regalaba una hogaza del pan dulce, que ella obtenía delicioso de un horno construido en la pared.

Recuerdo el pasadizo lleno de retratos; pusieron una Nigüenta en el rincón, para que atrajera la buena suerte. Ahí conocí a Da Vinci, sin saberlo. Nadie conocía su nombre en el barrio pero, al igual que Nelly y Felcitas, todos exhibían en sus salas o en un corredor alguna copia de su Santa Cena.

Cuentos corruptos

Agüe Felicitas todavía era dueña de la casa vecina, donde vivían María y Eduvígis. Un día la vendió, para satisfacer un deseo de mi tío Adrián.

Él era un muchacho atractivo, alto, de cabello abundante. Había heredado una fuerza descomunal, como la del finado Agapito. Pero, a diferencia del ancestro, Adrián era peleón, mal hablado y muy impulsivo. Practicaba boxeo en la ebanistería de López, donde papá trabajó varios años. A eso de las cinco, los empleados y los hijos del dueño organizaban las peleas. Adrián ganaba siempre; pocos se atrevían a enfrentarlo; no solo debido a su fuerza y buena técnica, sino porque que solía enojarse si le golpeaban el rostro; su reacción era temible.

Una vez en El Ponedero, allá, frente al parque, uno que tomaba ginebra con tres amigos se atrevió a piroppear a la joven con la que estaba el tío. Les dio una golpiza a los cuatro, despedazó tres mesas y varias sillas. El administrador del restaurante llamó al Resguardo Fiscal por dos razones: el sargento era su primo y los del Resguardo eran mas rudos que los de la policía.

Lo tomaron preso; un juez le multó el puño. Adrián era el segundo de la estirpe que recibía tal sentencia. Décadas antes, cuando la ciudad era solo un pueblo grande, Mateo, el hermano menor de Agapito, había sido castigado de igual forma.

La agresividad de Adrián fue apreciada por un compañero de escuela que medio siglo después sería presidente del país. Así que él, pese a la pobre ascendencia familiar, pudo codearse con los ricos. Lo llevaban a todas sus fiestas y de cuando en cuando los protegía.

El tío Adrián había aprendido a enderezar y pintar carros. Era el mejor en eso. Trabajaba en el taller de los Pantoja, pero de cuando en cuando reparaba o acicalaba algún automóvil del amigo que eventualmente presidiría al país. L'Agüela estaba orgullosa de que su favorito anduviera con esas compañías.

Un día, él le pidió a Agüe que le ayudara a comprar una moto.

–“Mamita, me la dan baratísima. Si me ayuda ahora yo le pago algoito por semana”.

Era grandota, muy linda, ronroneaba, gritaba truenos; si la ponía a descansar, sonaba como una tormenta de octubre. Sus amigos pensaban que el precio era de ganga; pero en realidad era carísima.

Ningún trabajo extra que imaginó Agüe servía para financiar aquel artefacto, así que vendió la casa. Adrián se estrelló una semana después. Por más oficio que ejerció, la Harley aquella no volvió a ronronear como nueva. La vendió un mes después, le dieron menos de la mitad de lo recibido por la casa.

Agüe Felícitas no sufrió por aquella pérdida; todo lo contrario.

–“Por dicha se descompuso ese chunche. Dios sabe por qué pasan esas cosas; seguro que escuchó mis plegarias y decidió proteger a mi muchacho”.

En esos días, Adrián desaparecía de la casa los fines de semana. Agüe se sentaba frente al cuadro de Jesús a rogar por él. Un policía amigo de la familia le contaba

Cuentos corruptos

todas las tonterías que Adrián cometía, sus pleitos, borracheras y algunos enredos por mujeres. La pobre, no sabía qué hacer; lloraba mucho. No recuerdo que ella derramara una lágrima antes ni después de aquello. Un día él le pidió la bendición para ir a buscar suerte en Norte América.

La Agüela Felicitas contrajo una tristeza de año y medio. No lloraba ni reía; por dicha no dejó quererme. La prima Yiya le trajo consuelo una tarde.

–“Vea Agüe, Adrián le envía este pasaje, para que usted lo entregue en matrimonio”.

Adrián había conocido a una joven argentina muy bella e inteligente, mandona, ordenada en extremo. Lo puso en cintura. Él se convirtió en un empleado modelo y el dueño del taller le permitió trabajar en sus proyectos durante las noches y los domingos. Adrián lo aprovechó y poco a poco amasó un ahorro que eventualmente su esposa administró de forma acertada. Menos de un año después, pudo montar su taller; con el tiempo se hizo millonario y nos olvidó para siempre.

Por ahora, Agüe estaba feliz. No lloró ni pegó gritos cuando vio los pasajes del avión. Se fue a la Iglesia, se confesó y se quedó ahí, frente al Nazareno. Rezó muchas horas. Lo sé, porque fui con ella. El Padre Miguel la vio y vino a preguntarle. Le ofreció café y una tortilla con queso; yo comí pancitos dulces, me dieron fresco de frutas. Agüe y yo salimos de la parroquia a eso de las nueve.

Para el viaje, ella compró varios vestidos y se hizo un permanente en el cabello. Se veía rarísima; diferente. Yo estaba acostumbrado a su pelo negro sin canas, lacio, muy lacio; combinaba bien con su piel aindiada.

Adrián nos la devolvió una semana después. Una tarde, mientras estaba con Nelly en la sala, ella creyó que yo estaba dormido. La verdad, yo solo pereceaba con los ojos cerrados.

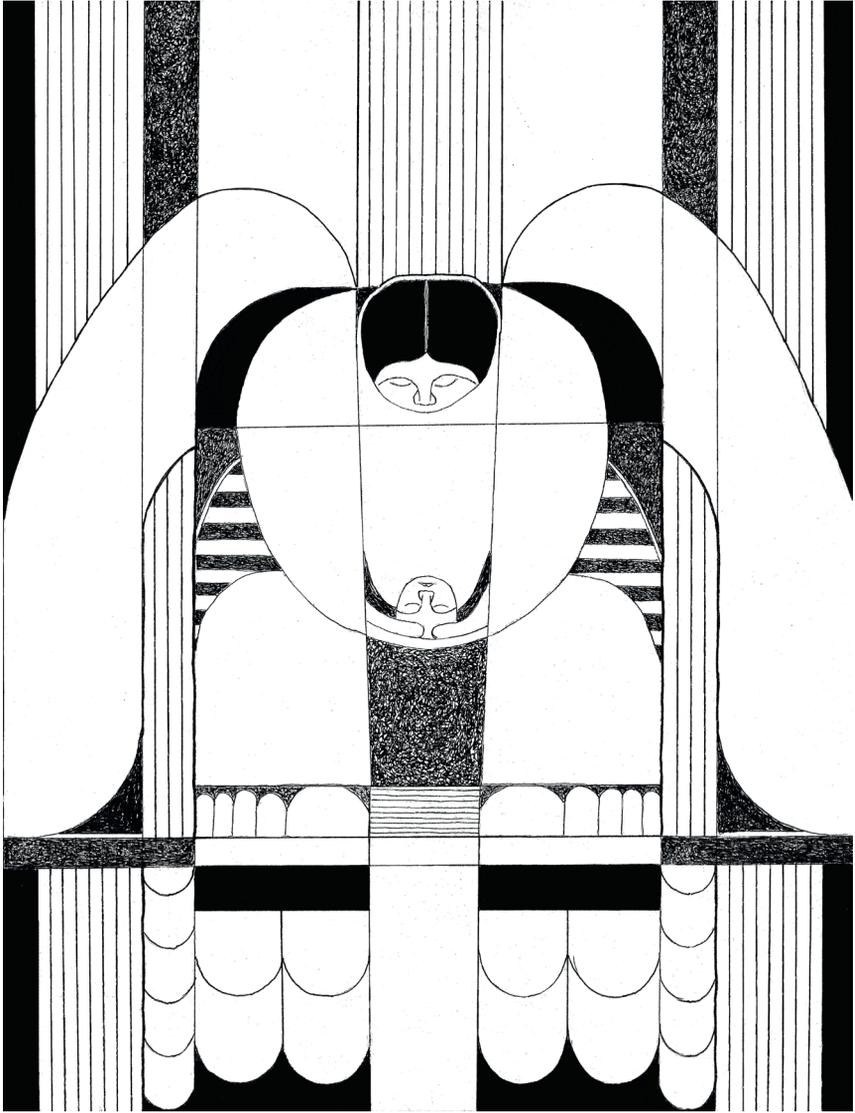
–“Vieras que bravo se puso cuando me vio –le dijo a Nelly con su enorme voz ronqueta– me gritó palabras muy feas; por dicha no estaba la novia... ¡por dicha! porque si llega a verlo así, no se casa. Vieras que tiene un apartamento muy lindo y se ve que gana bien, pero ya no es el muchacho que conocimos. Toda esa cólera fue por el permanente; dijo que con esos colochos todos pensarían que yo soy de color y en ese país eso es como estar maldito. Pero hijo, yo soy de color, le dije tranquila, y a mucha honra; mi piel es como la de mamá y como la mamá de mi mamá. Claro, él heredó el blanquillo del tata, que ni lo crió ni lo quiso reconocer nunca, pero ahora le permite el orgullo ese de ser tan blanco y de buen ver. En fin, hermanita, Dios sabe por qué hace las cosas. Seguro que yo me lo gané. No volveré a verlo”.

–“Mirá Felicitas, yo mejor no opino ni te digo lo que pienso. Me duele mucho todo lo que ha pasado”.

–“Él me juró que yo no volvería a provocarle vergüenzas. Ni siquiera quiso llevarme al aeropuerto. Por dicha, la muchacha es muy amable y no tuvo reparos ni excusas para llevarme. Hasta me invitó a un café en un restaurante lujosísimo que hay en un corredor de ese aeropuerto... vieras que bonito”.

Cuentos corruptos

En esta Oscuridad infernal lo recuerdo y me duele por toda la conciencia. Quisiera evitarlo, borrarlo de los recuerdos. Lo peor es que carezco del derecho para odiar al tío, aunque así sea mi sentimiento. Años después, yo le dediqué a ella peor grosería y desaliento. De seguro, esa maldad suma hedor a mi condena.



DE HORACIO Y L'AGÜELA

El mundo que organicé en mis adentros se ha puesto en contra mía. Lo concebí para birlar a La Oscuridad. Al principio, pensé que ahí adentro vería colores e inventaría cosas bellas. La idea de un mundo que imaginariamente sería real parecía magnífica. Pensé que el truco engañaría al diablo y a sus secuaces.

La verdad es que con esa luz imaginaria no he pintado acuarelas ni he asistido a fiesta alguna. Hasta ahora (si es válido usar esa palabra) solo he atizado recuerdos dolorosos, experiencias lamentables; hasta contraje la vergüenza que nunca infectó mis acciones cuando era funcionario del Banco. Debí sospechar que sería un fiasco mayor que el mundo Ideal de Platón el griego o el de un iluso irlandés que tomaba por real todo lo aparente.

Algo me resulta claro: la imaginación es traicionera. De cuando en cuando me obedece; luego se afana con una libertad odiosa. En los sueños, corre a su arbitrio; y aquí en el infierno también. No veo forma de domeñarla. Cuando llegué a este oscuro sitio, podía correr o cantar imaginariamente. Si yo lo deseaba, llovía; si quería oírme recitar, recitaba. Pensé que el guardián no advertiría mis embustes; ahora no estoy seguro: él fingía.

Cuentos corruptos

Poco a poco, La Imaginación ha entrado en desafuero, parece tener personalidad propia, hace lo que le viene en gana, se rebela contra mí. Si se me antoja llover, ella (que debería ser parte mía) inventa un paraguas o la capa. A veces se deja llevar y me ilusiona; pero no me ha dejado hilvanar idea alguna sobre el futuro. Creo que lo hace para burlarse. Tiene impulsos que no espero, ocurrencias irritantes, un aroma femenino.

Medito un poco, me asusto, sueño despierto; no duermo porque aquí el descanso es imposible. Yo aprendí con la Agüela y con el Padre Miguel que el infierno es infinito. ¿Qué pasará cuando se acaben las memorias que abonan mis imágenes?

Carpe diem escribió en las Odas Quinto Horacio; Agüe Felicitas lo decía más clarito: –“M’hijo, goce mientras pueda, y no se rinda”. Dedico esmero a ambos, no tengo alternativa: aprovecharé el día, lo cosecharé mientras la imaginación me ampare un poco o al menos me seduzca.

ESTA OSCURIDAD ASTUTA Y UNA PASIÓN

Hoy me alegraría que el infierno fueran los demás, como pensaba el filósofo tuerto que imaginó una teoría sobre la fantasía, el vómito y la Nada. Quisiera tocar a alguien, aunque fuera el perro del vecino escandaloso y ruin. ¡Por Dios! la Oscuridad es muda, rotunda y sin aliento. Algo terrible me ha hecho: ya no se me ocurre nada.

¡Esperen! Si hablo conmigo es porque existo. Ya sé qué hacer para derrocar este martirio. Me contaré los sueños, aunque sean los míos propios. Empezaré por una amante.

Mariana era pequeña, pero realmente atractiva. La soñé ayer o hace un rato (imaginaré la continuidad del tiempo). La conocí en un mercado. Nos enamoramos, pero el tiempo era malo, porque yo vivía con un amor previo; ella tenía cónyuge y familia.

Hubo que esconderse; la pasión era despótica. No he sabido imaginar lujuria más infecciosa; de verdad, era un hecho intolerable, obligatorio, muy arriesgado.

Empecé a frecuentar su lugar de trabajo. Era abogada, tenía oficina. Cada mueble supo de nosotros; pero no hacíamos ruido. Bueno, una vez botamos un florero y la asistente administrativa corrió a ver qué pasaba. Ni les cuento; muchos de ustedes habrán tenido una urgencia de ese tipo.

Éramos adictos; muy ofuscados, insistentes. Reinventábamos posturas atrevidas, diseñábamos la piel del otro con los labios, con las uñas y los dientes, con el olfato. Sospecho que en milenios nadie ha investigado así el contorno de la espalda, de los dedos, de cada vello y comisura. Ahora me atrevo a forjar una certeza: si ella dominaba las leyes como los órganos bucales, no puede existir jurista ni filósofo en la Tierra capaz de enseñarle algo.

Alquilé un apartamento para omitir su espacio laboral. No resultó, igual la visitaba. Ella empezó a trabajar por la noche; en su casa apenas la extrañaron. Aborreció al esposo. Eso la llenó de temores. Creí que eran repentinos; en realidad eran de otro tipo.

Mariana era frígida; debí saberlo al principio, cuando coincidimos casualmente en el Café Italiano, frente al bufete. Solo había una silla junto a ella. Acaso pudo rechazarme, pero aceptó la compañía.

Yo tomaba tiempo antes de mis clases. Ese día llevaba, para recomendarlo, el libro de Los Sueños.

Suelen preguntarme si conozco del tema. Algo sé, por cierto, pero no soy terapeuta y por eso nunca respondo. A ella le describí brevemente el contenido del opúsculo. Escuchó atenta; me lanzó un sueño cual reto. Yo quise evitarla, pero ella insistió tanto que planeamos un encuentro posterior, para ejercitar mis dotes interpretativas. –“Está bien –le dije al despedirme– ¡pero algo de ética profesional voy a mantener, señora abogada!

–“Ni lo crea, señor Profe; a mi me dice lo que piensa de mi sueño; ¡nada de oírme y quedarse calladito!

Cuentos corruptos

La espera se hizo tan larga como una sesión con el dentista. La tarde fenecía; nos encontramos de nuevo donde El Italiano.

–“Le cuento lo que recuerdo –me dijo– en el sueño recibí una carta; era de mi esposo; él se veía tan joven como el día que lo conocí. La abrí, pero no quise leerla. Venía en un sobre grande, con una franja gris alrededor y un grabado curioso, que al principio parecía una rosa roja muy carnosa; pero al tanto me di cuenta de que era un capullo abierto y roto. ¡Ya, señorito, eso es todo!”.

Disfruté la descripción, su lengua en movimiento, la promesa de sus labios. Aventuré que el autor de mi libro entendería aquello sexualmente.

–“A ver, analizador de sueños, ¿qué aprendiste de mi?”

Comprendí que la pregunta carecía de interés heurístico; ella era lujuriosa. Fingí un descuido; aventuré una interpretación.

–“Resumo –le dije– el capullo puede interpretarse como la virginidad; que esté roto... ¡bueno, eso es evidente! El ribete del sobre podría estar vinculado a una pena o preocupación por haberla perdido. Paradójicamente, la rosa puede asociarse a tu pericia en el amor”

–“¡Ah! Señorito profesor, se imagina que tengo pericia... ¿a cuál amor te referís? preguntó ansiosa.

–¡Ah, ah! No es decente interrumpir, señora abogada y menos con una pregunta de la que usted

conoce la respuesta. A ver, ¿dónde quedamos? ¡Ah, claro! Si en tu sueño no lees la carta es porque poco o nada te importa haber dejado de ser virgen. Pero en eso y en la juventud del esposo no encuentro todavía el sentido. Debe haber algo que se te olvida, o simplemente yo estoy equivocado”.

Yo estaba seguro de haber errado, desde luego; no se abre un sueño cual instructivo del Tarot. Por eso le mentía. No en lo del contenido sexual, sino sobre el fundamento de mi interpretación. La verdad es que, mientras preparaba mi lección, yo había leído sobre un sueño muy parecido a ese. Está en un libro de Paidós, publicado por un psicoanalista de apellido Garma en los años sesenta. Pensé que se trataba de una casualidad, y con uno o dos cambios, me apropié de la fuente para depurar nuestro intercambio perverso.

Ella escuchó atenta mi glosa onírica; al final, dejo escapar un gesto apenas lascivo, pero suficiente. Terminamos alquilando un lugar para el desahogo amoroso. En los anales de su familia, aquella sería la primera vez que “un caso difícil” la obligaría a retornar tarde a casa.

Tras un trueque más desesperado que afanoso, me dijo que soñaba regularmente con el marido y que siempre le oponía alguna enemistad. Seguidamente, me brindó una clave que no supe o no quise ver en el momento.

–“Poné atención a este –me dijo urgida– él me dice que lo acompañe a su trabajo. Ni modo, habrá que ir. Intento peinarme de colochos, pero no puedo lograrlo. Voy a la ventana; de pronto llueve contra la

Cuentos corruptos

ventana cerrada y pienso ¡qué salvada! Ya no tendré que acompañarlo. ¿Qué decís de ese? ¡tratá de interpretarlo!”.

Si yo hubiera estado atento, me habría dado cuenta; pero me dio pereza pensar. –“Otro día lo desciframos juntos –le dije– ahora tenés que volver a tu casa”.

Días después lo supe: era frígida. Por años buscó una cura; era obsesiva, contundente. El terapeuta cayó en su juego. Ella lo dejó y empezó a buscar la satisfacción en amores como el nuestro. Sabía planearlos, se tomaba el tiempo necesario, espiaba a sus víctimas.

Debí atender al segundo sueño: la petición del marido indica que él tiene urgencia sexual; ella no quiere acompañarlo, pero debe intentarlo. Ahora lo imagino claramente (más bien, lo recuerdo): la imposibilidad de peinarse simboliza ineptitud para el placer. ¿Qué sutiles son los sueños! La lluvia contra la ventana es el marido descargando su amor sin goce para ella. Pobre mujer astuta.

Acaso esta historia es solo un juego infernal; una ocurrencia de mi custodio. No importa, para mi es real y es un recuerdo. Cuando Mariana me reemplazó, lloré sinceramente.



LA MISMA OSCURIDAD Y UNA PASIÓN (*Post scriptum* onírico)

Cuentan que Sigmund Freud era médico. Se hizo famoso tras abandonar su oficio de anatomista cerebral para inventar perplejas descripciones de la mente humana. Antes de escribir un libro sobre el tema, explicó a un amigo de apellido Fliess, por vía epistolar, cómo el sueño sustituye los deseos reprimidos con fantasías aceptables moralmente.

Según él, los deseos escondidos en un sueño siempre son sexuales. Tal idea le atrajo, obviamente, ofensas y censuras de muchas maestras y amas de casa, de las iglesias, de importantes funcionarios públicos y de enorme cantidad de hipócritas.

A Felicitas, el tema le hizo gracia cuando, tras mi lectura de *Los sueños*, opuse todo ese erotismo freudiano a sus creencias mágicas sobre el significado de la vida onírica.

—“No l’entiendo bien, m’hijito; ¿qué clase de compensación puede darle un sueñito a eso que, la verdad, es tan necesario y bueno pa’una? Siempre se lo digo al Padre Miguelito; si Dios nos dio el gustito, es por algo; yo no le veo pecado por ninguna parte. Claro, eso es para los adultos. Mejor no discutirlo ... pero... bueno, ya que lo menciona, M’hijo, ¡léame otra vez esa parte de lo que escribió ese señor de nombre raro!”.

Tramposa la Agüela de cuando en cuando; y yo sucumbía fácilmente a su fisga. Puso atención a varios párrafos, mientras cortaba una cebolla y el chile para un arroz con pollo. Me interrumpió donde Freud dice que la interpretación popular de los sueños es más certera que la de los médicos de su época.

—“¡Ah!, ve uste m’hijo! Yo tengo razón. Hasta ese escritor famoso le tiene más fe a la gente como yo que a los doctores. Vaya a mi cuarto; ahí en la cómoda hay un librito mejor que ese; si quiere se lo regalo. Explica lo que uno sueña sin tantas vueltas y necedades. ¡Quién quita; a la larga hasta la lotería se pega si lee bien eso! Ahora déjeme en paz; voy a terminar de hacer el almuerzo”.

Un par de días después traté de leerle unas ideas de Carl G. Jung; famoso suizo que se opuso al hedonismo de Freud y explicó la vida psíquica recurriendo a los mitos, a la alquimia y a otras fórmulas irracionales. Ella se rió de mí, mientras volvía a ofrecirme su librito.

Ahora sé que esos dos señores famosos y muchos terapeutas ateos son huéspedes de este lugar Oscuro. Escuché o simplemente imaginé que es muy aburrido cuidarlos; les encanta recostarse y pasar estas jornadas atemporales hablando sin propósito. Parecen enfermos, son excesivos. De cuando en cuando inundan el cuarto con frases inconexas. Para tranquilidad de los diablos, AlláArriba construyeron unos drenajes lingüísticos que instalaron en sus cuartos.

A propósito de tales cloacas y de otros artilugios, he sabido que aquí no se construye nada. Una vez, el mismísimo Jefe de mi Guardián se jactó estúpidamente, como si él fuera gestor de los martirios y de las máquinas

Cuentos corruptos

que ahora planea usar en mi contra. La verdad es otra: nadie en este lugar tiene idea sobre lo que es un diseño o un invento. La falta de imaginación creativa y de futuro son condiciones básicas de este lugar.

Todo castigo y maquinaria viene de AlláArriba, con instructivo para el ensamblaje y normas para su empleo correcto. Cuando los muertos llegamos aquí, de AlláArriba también envían nuestros registros: cómo éramos, qué hacíamos, dónde nos escondíamos a pecar, qué ideas profesábamos, cuál era nuestro acento al hablar, cómo expresábamos los sentimientos.

Al Diablo no le falta detalle alguno sobre nuestros hechos. Él tiene la seguridad de que nosotros, sus huéspedes, estamos inhabilitados para cambiar; al fin y al cabo, ya estamos muertos.



—“Ese que tanto se habla a sí mismo en estos cuentos corruptos tiene razón; pero no es Mi Razón, es la DelCreador. Tengo acceso a lo que él piensa, mas no porque Yo sea El Amo de este lugar, sino porque ninguno de sus pensamientos puede cambiar lo que él ya es. Conozco al dedillo sus hechos. Para eso ElPoderoso me dio una racionalidad ilimitada, pero sin humor, sin pasiones, sin euforia.

Mi defecto no es la inteligencia, sino la imaginación. A todo el que llega, igual que a mi, Dios le arranca un pedazo. El gajo que nos deja sirve para reproducir el pasado, nada más. Se parece a los trenes. nos deja visitar lugares conocidos, hechos pasados, cosas muertas. Pero su dirección nunca es no el futuro.

Una de mis mujeres vivía cerca de Fráncfort del Meno. El tren le cambió la vida. Se negó a desposar al vecino, como deseaba su madre. Tomó el tren hacia París y ahí se inventó una vida que nadie de su pueblo hubiera previsto. La parte de la imaginación inhibida en mis reos y en mi tiene ese talante: permite proyectar las emociones y vencer al destino. Fomenta el arte y muchas cosas bellas; pero también le da fundamento y razones a la guerra, al despotismo y la avaricia. ¡Problemática de los vivos!, aquí no es necesaria.

Yodos llegan aquí en racimos, para que los vigile hasta El Final de los Tiempos. El cambio les está vedado; es lógico que les arranquen la facultad creativa.

Yo también tengo prohibido ejercer la creatividad; pero, tras milenios de cuidar almas perdidas, confieso una sospecha (no lo cuenten; Dios prohíbe en mi la duda): El Creador me engaña y no pienso en su embuste como algo de carácter filosófico. No se engañen, esta duda que les cuento no tiene que ver con una broma diseminada por Dios entre los escritores de siglo XVII.

Vieran cómo se divirtió cuando lo compararon con la Substancia y a mi con un Genio del Engaño. El mentecato más divertido pensó que Él trabajaba excesivamente, a cada instante, para que todo ocurra. ¡Sí, todo!, desde el nacimiento de un renacuajo hasta la habilidad de escribir números y letras.

Nada más lejos de la realidad: Dios no ejerce oficio alguno. Pensó una sola vez en un ahora-para-todos-en-todo-lugar-y-tiempo. Desde entonces está ahí sentado, aparentemente quieto; pero yo sé que se divierte viendo a sus criaturas. Le encanta inventar suplicios; una vez, en el

Cuentos corruptos

Principio, me dijo que el martirio y la crisis alentar! Ayla playaegio, desde luego a ñ guerra, al despotismo y la avaricia. no es; a veces ese cambio es absoluto. Acaso as los compañerían el progreso de sus hijos.

Soy Aborrecido por obedecerle. Él debe ser amado sin duda ni linde alguno. Sus acólitos le atribuyen la muerte de los primogénitos de Egipto y de muchas mujeres medievales; un evangelista insinúa su designio en la orden de Heródes para realizar la Matanza de los Inocentes, anunciada por Dios de previo por boca de Jeremías. Alguna función maravillosa ven sus escribanos en la sangre del sacrificio. Un relato muy celebrado informa que Él, no yo, fue quien Ahogó a casi toda la humanidad y exigió a un favorito la vida del primogénito. Muy famosa y celebrada es la pasión que orquestó para que su propio hijo fuera torturado y ejecutado en una cruz. Usó a Judas de Iscaria cual instrumento, luego lo cargó con penas e injurias milenarias

Conmigo jugaba en los inicios, luego me impuso esta obligación de administrar su Infierno. Por eso, aseguro que una broma como aquella del siglo XVII no funciona en este presidio. Aquí todo es definitivo, esencial; no hay diferencia entre pensar algo y ser algo; así que hasta el humor es imposible.

Tengo sospecha y duda sobre las intenciones del Todopoderoso. Él ha de saber algo de los huéspedes que yo no puedo sentir ni conocer. Carece de relación con los pecados; esos los conozco mejor que nadie. Lo que pienso (imaginarlo no puedo, Dios me lo ha prohibido) es que algunos inquilinos han sido dispensados de sufrir tanto como merecen.

Cuentos corruptos

No todos gozan de tal privilegio; es más, he detectado solo a uno. Pero es lógica conocida que una sola excepción a cualquier norma resulta peligrosa; podría infectar de futuro nuestro laberinto, destruir nuestro propósito, dar esperanza a los convictos.

Ese que mató a un perro y a su dueño me preocupa, aunque yo no fui creado para tener preocupaciones. He decidido estudiarlo. Le infundo nostalgia, lo infecto con penas engañosas, pero algo lo protege; tarde o temprano averiguaré de qué se trata”.

CONFESIÓN FRANCA Y UN POCO ERÓTICA

I'll Never Love This Way Again

–Jesuton version,
but at low volume,
not the neighbor's offensive usage–

Mama y L'Agüela no cabían de orgullo cuando regresé a mi butaca, en el Salón de Actos. El título era de pergamino grueso, muy grande, con un borde de guirnaldas impresas en verde oscuro, a la vieja usanza. A diferencia de ellas, a mi me dolía el sentimiento. Más que la escuela, extrañaba ya a la Maestra Matamoros, la confidente diaria que tanto amaba. Y tenía razón, jamás la volví a ver.

Pasé las vacaciones en una construcción, imitando fervorosamente a los peones. Debía ganar lo necesario para el uniforme colegial y los libros. Entraba a las cinco de la madrugada y salía cuando el sol empezaba a pintar de celajes el horizonte. No era algo nuevo; desde los nueve años dedicaba las vacaciones a labores remuneradas. En realidad, desde los cinco años iba con L'Agüela a escoger café donde Don Eladio o a la acompañaba a juntar el grano caído en el cafetal.

Así fue la infancia y casi toda la adolescencia. A los diez años, Danilo me acompañó a pedir trabajo en el patio de beneficio. El primer día él se cansó muchísimo. Solo volvió dos o tres veces más, pero no a trabajar sino a sentarse en un tractor viejo y medio destartado que se herrumbra allá afuera, en el potrerrillo de enfrente. Me saludaba con el brazo extendido mientras yo secaba una larga montaña de café con la pala, el rastrillo y un enorme esfuerzo.

Al principio, Danilo iba a casa para saludar a L'Agüela y esperarme. Quería burlarse, desde luego; pero se frustraba, porque tenía permiso de quedarse en casa hasta las ocho. Yo regresaba adolorido a eso de las nueve. Era un trabajo inclemente. De cinco de la mañana a dos de la tarde había jornada normal; pero nadie se iba.

A eso de las seis o siete de la noche llegaban camiones cargados de grano y nos ordenaban entrar en las pilas, para ayudar en el proceso de lavado. Yo calzaba unos zapatos viejos del tío Toño. Me quedaban un poco grandes, lo cual era una inesperada bendición porque se llenaban con café de altura. Estorbaba mucho al caminar, era doloroso; pero tras una semana de idas y venidas, L'Agüela tenía suficiente café para tostar. Normalmente, le llevaba frutilla entera, pero de cuando en cuando llené el zapato con el grano pelado aunque todavía baboso.

Creo que éramos la única familia del barrio que en esa época bebía el mismo café que consumían los europeos. Era de puro y de altura; era delicioso. L'Agüela sabía cómo procesarlo y guardarlo adecuadamente. El sabor difería esencialmente del que vendían en el mercado. El transporte en zapato nos dio suficiente producto para medio año.

Para L'Agüela aquello estaba lejos de ser una apropiación indebida; más bien, era una bendición de Dios; un "pequeño tesoro que Él, en su inmensa misericordia, había decidido concedernos". En esos días aprendí de Nelly un refrán: "hasta al mejor mono se le cae un zapote". La caída de Felicitas era con ese cafecito. Lo adoraba, disfrutaba de su aroma, del vapor y del tono levemente transparente, muy distinto a brebaje oscuro y meloso que vendía Rigo en la pulpería.

Cuentos corruptos

Una vez, ella hizo un pichel enorme y se le ocurrió endulzarlo “de una vez, para que no estén sacando el tarro del azúcar”. Nadie bebió de aquello porque ella, resistente a “gastar los anteojos” que le habían dado en servicio de medicina comunitaria, tomó el frasco equivocado y saló el café.

–“Qué lástima m’hijito –dijo muy triste– se va desperdiciar”.

–“Sí –respondí– es una lástima; sobre todo por lo que me cuesta traerlo entre las patas. ¡Vieras, Agüe!, en el beneficio me contaron que los cubanos a veces beben café con sal”.

–“¡De veras? A mi nunca se me hubiera ocurrido”.

Se bebió el pichel entero. Después habló sin interrupción hasta que me fui a acostar. Dicen que de mala gana buscó la cama en horas de madrugada, después de repasar la vida y milagros de todos los muertos de la familia. Así era Doña Felícitas, lanzada y práctica; decidida a aprovechar cualquier recurso, porque –según decía– “el desperdicio es oficio del diablo”. Con los años, supe extender el valor de tal enseñanza a las artes del amor.

Aunque durante esas vacaciones yo solo era aprendiz en una construcción, trabajaba trece horas diarias. Me pagaban dos pencos más por las horas extras. Hasta donde me acuerdo, la única diferencia con el resto de los peones era la edad y el salario.

La mitad de mi jornal era para ayudar en la casa. Mami esperaba que el resto alcanzara para comprar

todos mis útiles escolares, tres uniformes, un buen par de zapatos y lo que pidieran para las clases de deporte.

Las vacaciones pasaron veloces. Casi al final, fuimos a celebrarlas en el potrero de La Leiton, A pie, estaba a media hora de la casa.

Agüe molió un maíz e hizo tortillas, horneó biscocho, preparó huevos duros, picadillo de papa y gallina con achiote. Mami llenó dos botellas con horchata y otra con agua, aplanchó un mantel de manta gruesa y ocho limpienes bordados. Tío Agapito y Nelly fueron con nosotros. Mientras las mujeres repartían la comida, él cortó una hoja larga de piñuela, para hacerme una especie de hélice que giraba al viento. Yo la disfruté, pese a que ya me sentía adulto. El paseo nos alcanzó para alentar sonrisas, la esperanza y mucha confianza de que Dios nos protegería el resto del año.

Tan irremediable como normal, llegó el curso lectivo. El primer día de clase la vi y me enamoré. Era pequeñita, cabello largo bien peinado, piernas sin vello, mirada esquiva, cuerpo maravilloso. Tras pocos días, la apodaron Sarta. Creí que era un sinónimo de su nombre; en realidad, era una parodia. Ella hablaba poco. Fernando Alfaro, que por todo hacía bromas, le habría dicho en público “lo tuyo no es una sarta de mentiras, ni siquiera de palabras, sino una sarta de silencios”. El apodo se le pegó cual destino.

Cuando un timbre uniforme, exagerado y largo anunció la salida, corrí a su clase. Ella salió con dos compañeras.

—“¿Puedo acompañarlas?” Exclamé con entusiasmo.

Cuentos corruptos

Ella me negó la mirada y la palabra.

–“Claro –dijo Dixie sonriente– es un país libre”

Yo caminaba sin nervios, sin prudencia. No conocía las imprudencias del enamoramiento, pero tampoco me asustaba y menos sentía vergüenza. Pasadas ciento cincuenta varas de caminata, justo en la esquina noreste del Parque Central, le pregunté.

–“¿Usted sería mi novia”.

Ninguna duda; ni siquiera cambió el tono de la voz.

–“No”.

–“¿Por qué; yo soy responsable y muy religioso; puedo quererla toda la vida”.

–“Papá no me da permiso”.

Respeté tal razón, pero no dejé de quererla; por el contrario, ella se metió indeleble en mi cabeza, en el estómago, en el corazón y en rincones pecaminosos de mi vida. Verla era terrible; seguirla se hizo costumbre.

A medio año le dieron permiso de tener novio, supongo, porque empezó a andar tomada de la mano con un tipo de tercer año. Sufrí el doble. Una noche escapé de casa. Danilo y Fernando me acompañaron a darle serenata. El papá llamó a la policía. Nos llevaron en patrulla, nos aconsejaron, se rieron un poco con nosotros y nos llevaron a casa de cada cual sin que nuestros padres se dieran cuenta. Entiendo ahora que no fue un acto irresponsable, sino cierta complicidad o una muestra de misericordia. Todavía les estoy agradecido.

De mi imprudencia inicial pasé al dolor intenso. Pero aquel amor imposible también dejó cosas positivas. En la clase de artes aprendí a dibujar bien el rostro humano, así que intenté sustituir la impotencia con inspiración. La dibujé en muchas poses imaginarias. Un día hurté una revista pecaminosa que mi primo José escondía en una rendija del techo. Me sirvió de modelo para unir el rostro de mi amada a cuerpos que calcaba cuidadosamente de aquel documento impúdico. Era maravilloso, aunque inducía cuerpo y alma a cometer pecados colaterales. La última vez que me mudé de casa, encontré en un viejo libro uno de esos dibujos. Era mejor de lo que yo recordaba.

Aprendí a seducir muchachas poco a poco. Descubrí que tenía más éxito con las que menos me importaban. En segundo año, Amelia me acusó en público de ser un seductor. A la semana tuvimos una aventura. Fue engorrosa, porque un monaguillo nos encontró pecando en un giro de la escalera que llevaba al órgano. Lo había enviado el sacristán, pues olvidó sus llaves tras ensayar con el instrumento. Hecho fatal, inesperado. Mala suerte, porque ese lugar era frecuentado por parejas de las que nadie sospechaba. Para muchos liceístas, esa era La Escalera de los Besos.

La aventura con Amelia tuvo lamentables consecuencias. Colocaron una lámpara poderosa en la escalera y mandaron a ponerle rejas de metal. El cura despotricó contra los pecadores que habían profanado la Iglesia. No dijo nombres, pero Danilo, Roberto, Tuma Fernández, Riverita, Alvarado y yo pasamos varias semanas aterrorizados. Nos costó mucho lidiar con la idea de que el presbítero nos llamara, nos denunciara o

Cuentos corruptos

peor aún, que le avisara a nuestros padres. De habernos visto, habría hecho las tres cosas. Por suerte, mis amigos y yo convencimos al monaguillo de ignorar oficialmente mi identidad. Le pagamos diez pencos y lo amenazamos con un desquite violentísimo que, en realidad, nunca hubiéramos podido ejecutar.

Tuve muchas novias, enamoradas, admiradoras. A hombres como yo les llamaban “perro” en esa época. Pese a todo eventual éxito amatorio, mi pensamiento y corazón estaban anclados en Sarta. Le peí amor en el segundo año de liceo, en el tercero, en el cuarto. Nada, ella no me quiso.

El último año formé parte del equipo de baloncesto que ganó el Campeonato Nacional de Segunda Enseñanza. Tras la premiación, el Liceo nos recibió con fiesta, comidas y un baile.

Todas querían abrazarme, algunas me besaron. Allá, en el corredor que da a la pileta, estaba Sarta. Corrí, seguro de atraparla.

–“Ahora no podés convencerme de que tu papá te impide tener novio; y no vas a decir que no te gusto. Tenés que aceptar nuestro destino; seamos novios”

–Miró directo en mis ojos, saludó con beso y dijo: –“De ninguna manera”.

–“Pero yo sé que te gusto; por qué no me aceptás de novio, si te he amado por cinco años”.

–“Todos sabemos que sos un perro y o no tengo ganas de sufrir con un hombre así”.

Nunca pude convencerla. Años después, dejé de verla y de quererla. Pero la tortilla del destino dio una vuelta.

Fue algo casual; L´Agüela pensaría que era un plan de Dios, un desquite quizá, porque n esta vida todo se paga y ella había sido mi confidente de amores en la adolescencia.

Yo había llegado a mi vieja Sucursal del Banco para dar una asesoría sobre las nuevas regulaciones crediticias, impuestas al país por la Organización Integrada Mundial de Banca y Finanzas. Ahí la vi por primera vez. Un hilvan casi imposible del destino la puso en mi curso de finanzas.

–“Hola, usted estaba hoy en el Banco”

Nos separaban muchos años, pero en ella vi algo conocido. Conversamos un poco. Ella había ido al banco para gestionar un préstamo de estudios.

–“Maná lo conoce –me dijo antes de que entráramos a la segunda sesión del curso– seguramente usted la recuerda del Liceo.

–“¿Del Liceo?”

–“ Sí, a mamá le decían Sarta”.

Planeamos una visita. La verdad, mi curiosidad era inmensa. No daré detalles aquí, solo diré que en esos días yo carecía de pareja.

Ella se había separado siete meses antes de un hombre con igual nombre y primer apellido que yo. ¡Es cierto! No deje de leer; por tonto que parezca, él

Cuentos corruptos

es una de las treinta personas que se llaman como yo en este país. Según supe, tras años de matrimonio, ella tuvo evidencia suficiente para considerarlo cual perro, como había hecho años atrás conmigo. A ella le quedó la casa. Muy grande, en hermoso barrio. Almorzamos en la terraza; luego me llevó a la cocina, por un cafecito.

Los años fueron crueles con ella; le robaron la figura, la belleza del rostro, su carisma. Le di errado mi número de teléfono, y así el email; no anoté los suyos ni volví a su casa. La hija nunca hizo preguntas ni comentarios al respecto.

TENÍA OJOS VERDES, DE VERAS

Un viento leve me toca o me tocó y puedo sonreír por eso. Ahora o antes (todavía no puedo ordenar el tiempo) la sonrisa me llevó al llanto. Así son las cosas en este castigo tenebroso. Todo se corrompe.

Cuando era empleado del Banco, yo pensaba que la corrupción solo era una astucia para hacer rico a alguien o aprovecharse de personas incautas o desprotegidas. Aconsejado por mi Gerente, inicié un Diplomado para-universitario de contaduría pública.

Ahí conocí a un filósofo y no lo quise en absoluto. Me obligó a pensar en temas odiosos. Seguramente, Agüela me hubiera recomendado su amistad, si hubiera podido ver la roncha que él provocaba en mi conciencia.

Lugar inhóspito es este Infierno. Algo me obliga a reverberar malos momentos. De pronto, se redobla mi pena; paso de una sonrisa a un enojo o una culpa dolorosa: eso para mi también es corrupción y tortura.

Cuando llevé el curso con El Filósofo, yo había dejado de visitar a la Agüela. Ahora puedo decirlo: le había hecho una grosería; una que era imperdonable. Sí, lector, a ella que sin dudas me amaba; la que me educó

desde niño. No me siento obligado a contar lo que le hice; mas presumo que el Diablo me atacará con tal recuerdo tarde o temprano.

En lugar de pedirle perdón, como hubiera debido; hice a un lado a Felícita. ¡Qué vacuo me había vuelto, que imbécil!

Ella era persona de principios; muy religiosa, muy sencilla. Llamaba malo a lo malo y bueno a lo debido. Me buscó varias veces; lloraba por mi sin control donde su medico y cuando iba al mercado. A mi no me importaba; ahora tenía mi apartamento, mis amigos, buenas fiestas. Era como esos malvados por los que lloran y maldicen quienes se contagian con el vicio de ver telenovelas.

–“Todos incurren alguna vez en la mala fe –decía Agüe en mis años de Liceo– no olvide eso, m’hijito, es algo que sabemos, aunque algunos pretendan ignorancia. Lo importante es que podemos arrepentirnos, pedir perdón a nuestra víctima, retomar el camino de la honradez y del amor al prójimo que, en sentido estricto, significa también un amor propio”.

Para convertirme en favorito del Gerente, decidí relegar tales ideas y muchas otras que ella profesaba. Ahora, en este lugar, eso duele mucho pero ya no puedo hacer nada para reparar tanta arrogancia ni el olvido.

Lo que siento (esta vez no tengo duda, es un ahora) coincide con una idea de corrupción que aprendí con aquel filósofo: transformación de lo que es en algo no es. A veces, el cambio es absoluto y hasta podría ser amoral.

CARMEN GLORIA ME CAMBIÓ, LO JURO

Decidí estudiar Administración de Personal; el Banco autorizó un horario flexible de trabajo. La verdad, yo delegaba en otros parte de mis obligaciones; podía estar en la oficina poco tiempo, para algo era un Director.

No quería estudiar, esa es la verdad; pero debía obedecer a mis Padrinos. Aunque, casi de soslayo, me agradaba la idea de que todos en la oficina tuvieran que decirme Licenciado.

En la Universidad conocí a Carmen Gloria. Ella cambio mi vida. No fuimos pareja, ni siquiera fuimos buenos amigos. Nos soportábamos y ella descubrió (o al menos intuyó) virtudes mías que yo había herido de muerte años antes, en el Liceo.

No quiero recordarla ni pensar en esa época, pero algo aquí me obliga a repasar memorias ingratas; esto es parte de mi condena.

Carmen Gloria sabía de arte y de cultura; leía mucho, me sobrepasaba. Le encantaba acorralarme; era entrometida, pero su irrespeto me fascinaba. Una tarde le hablé sobre un club de artes que yo frecuenté en mi adolescencia. Don Villo Cruz lo dirigía; enseñaba dibujo y escultura, alentaba a los escritores. El primer año

ganamos un concurso nacional. Nos dieron becas a los mejores; eran para estudiar en el Colegio de las Artes.

Mamá no me dejó. Le rogué mucho, lloré cada noche; Don Villo fue tres veces a mi casa y L'Agüela abogó por mi.

–“De ninguna manera –dijo Mami– no lo dejaré morirse de hambre. ¡Punto final! Se acaba la discusión; usted va a terminar su bachillerato donde está y luego estudiará una carrera decente”.

Don Villo le dio mi beca a un muchacho que acababa de llegar al taller.

Le gustaban los pájaros, era pésimo dibujante, pero muy astuto en el trato personal. Militaba en el ala juvenil del partido que gobernaba el país. Un político en ascenso decidió apoyarlo y, cuando terminó el Diplomado de Escultura, le consiguió una beca. Se fue lejos, estudió un poco y también aprendió poco. Pero el Partido nunca dejó de apoyarlo. En aquel país prestado lo invitaban a las fiestas diplomáticas; le enseñaron retórica, le presentaron a gente importante. Los dueños de una galería de arte le aconsejaron esculpir palos monumentales y redondos, con rostros de aves. Lo hizo y lo sigue haciendo ya es famoso por eso.

–“En cada exhibición habla del pájaro cual símbolo de algo, como tradición mitológica, como cualquier cosa que su asesor de imagen recomienda. Él es convincente. No solo habla profundo, también aparece en las exhibiciones con una bata de seda negra estilo chamán y oficia la actividad cual sacerdote antiguo. Todos los picos

Cuentos corruptos

de sus pájaros son iguales Todas la miradas y casi todas las plumas Las dimensiones van de un metro a cinco El gobierno ha construido un parque para que ponga ahí sus animales de bronce y de mármol blanco, de maderas preciosas y piedras rodadas del Río Norte Empolla mucho al año pero trabaja poco Solo un diseño inicial y un par de horas en labores de pulido que En realidad son sesiones fotográficas

El trabajo duro –casi todo– lo hacen sus asistentes Les tiene un sueldo fijo con póliza médica y vacaciones de fin de año Son cuatro picapedreros, tres ebanistas, un especialista en cómputo, un fotógrafo y el conductor de su automóvil. Ese Escultor de Pájaros ha sabido construir una empresa muy próspera –¡maldito delirio, maldita envidia, maldita rabia, maldita razón estética!– Él todavía no sabe dibujar Tampoco ha hecho algo tan escandaloso como la infame pareja de animales podridos con que un artista conceptual ganó el prestigioso Premio Turner Pero ya le publicaron ocho libros muy lujosos El Partido propone para un Premio Continental”.

Hace años dejé de llevarle a Mami periódicos que escriben sobre sus actividades sociales y su vida de millonario.

La imposibilidad de dedicarme al arte me enfermó de amargura insoportable. Cuando terminé el bachillerato, redirigí mi talento para servir en el Banco. Realmente era un arte; quien lo hacía bien, conseguía una buena posición y ganaba algo más que un salario. Eso sí, era mejor evitar la fama. Por eso a mi jefe le pareció tonto eso de estudiar en la Universidad; pero alguien más poderoso que él me vio pasta para ser candidato de algo y para servirse de mis habilidades. Yo no gustaba del estudio y

me enojaba estar bajo el poder de los docentes; pero mis Padrinos querían que yo obtuviera el título.

Conocí a Carmen Gloria y a su grupito de rebeldes en el segundo semestre. Ella tenía ojos grandes, era bajita; ejercía dominio sobre los que la acompañaban. Me convenció de matricular un seminario odioso de filosofía moral. Bueno, yo me negué al principio, pero cedí cuando supe que en su lugar debía matricular otra materia de filosofía con un profesor muy duro e intransigente, que examinaba semanalmente lecturas de libros muy complejos.

Después de esa clase visitábamos una cafetería horrible que le encantaba a los estudiantes. Ahí conversábamos sobre muchos temas, incluíamos nuestras vidas; también compartíamos chistes y blasfemias. A mitad del semestre me había acostumbrado a la tosquedad de Carmen Gloria. Le conté mi vida entera. En lugar de encariñarse conmigo, tal conocimiento la volvió más incisiva en mi contra. Detesto recordarla; no entiendo cómo la dejé invadirme.

Ella consiguió algo que nunca pudo nadie en el Banco: ponerme a la defensiva. Así asestó el golpe de mi desgracia. Estábamos comentando un texto de; todos me atacaban.

–“Un día haré algo mejor que esto –dije algo enojado– van a ver”.

–“No es cierto –chilló Carmen Gloria al lado opuesto de la mesa– vos sos el Banco; jamás podrás ser otra cosa. Podrías estudiar de verdad, volver al arte, estimar a la gente; hasta podrías sacarte de las venas ese

Cuentos corruptos

veneno neoliberal que tanto defendés sin entenderlo. Pero no lo harás nunca; ya sos eso y no querés cambiarlo; y si se te ocurriera, no sabrías cómo hacerlo. Sos el Banco, punto”.

–“Tengo dignidad y buen salario; soy responsable de lo que hago. ¿Para qué voy a pintar; para qué estudiar más de la cuenta. Mirá Carmen Gloria, ¿vos qué sos? Yo soy Director de Crédito en un Banco del Estado.

–“Sí, claro, eso es precisamente lo que acabo de decirte. Si no lo entendiste, te digo más Señor Banco: ya te agarraron. Si lo pensaras, te darías cuenta. Te volviste como quienes, sin dudarlo, sustituirían tu Banco Estatal por uno privado. Lo mismo serías: Don Banco Privado”.

Tenía razón, en esos días colaboraba en secreto con unos abogados y políticos muy importantes. Habían decidido que el Estado tuviera menos control sobre la economía; querían leyes para abrir el mercado financiero y deseaban quebrar dos bancos estatales. Yo no entendía mucho sobre el trasfondo, pero en mi posición sería pieza útil para ellos.

En esos días yo todavía vivía muy bien. No comprendo por qué las tonterías de Carmen Gloria me toparon cual disparo. En este infierno ella emula un disparo en la conciencia, algo decisivo e irresistible, al estilo de Felicitas.

A propósito, la vieja se había muerto sin mi permiso antes de que yo quisiera buscar su perdón. Ni siquiera fui al sepelio; nunca conocí la tumba y, de estar todavía en el mundo, yo no atrevería esfuerzos para vencer mi vergüenza e ir a buscarla.

Cuentos corruptos

Antes de terminar el semestre contraí depresión; terapia necesaria, internamiento, medicamentos que enloquecen. Cambié mucho en el proceso; al año dejé el Banco.

En lugar de aceptar la renuncia, el Gerente me dio dos cartas. En una explicaba que La Institución me despedía debido a una reestructuración con la que se eliminaba mi Jefatura y la de varios colegas. En la otra ponderaba mis méritos; era una recomendación. Acompañó la primera con un enorme cheque de cesantía; complementó la segunda con una amenaza verbal: –“Olvide todo lo que sabe de nosotros; en eso le va su vida señorito Fracaso”.

Así fue asesinado mi futuro promisorio. Tres semanas antes de eliminar al perro y al vecino regresé a la Universidad; se me había ocurrido estudiar Bellas Artes y Ciencias Ecuménicas.

MI GENIO

Iré a una playa ¡puedo imaginarla! De pronto, soy capaz de ver hacia delante, inventar historias nuevas, quizá pueda planear una rebeldía. No lo entiendo, pero me alegra.

Es la primera oportunidad que imagino un lugar que desconozco. Bueno, sé bien qué es una playa, la arena, los bikinis. Nadie puede imaginar cosas que nunca ha visto y, si lo hace, será combinando pedazos arrancados del mundo. El dragón mas estrafalario requiere de escamas o de pelos, un color, una forma, un movimiento y otros gajos de la memoria. Hasta un pintor dedicado al arte abstracto debe utilizar materias reales.

A diferencia de mis relatos anteriores, aquí intentaré aventuras no vividas, seguiré los caminos de una geografía desconocida. Iré en auto y, si de camino se estalla una llanta, disfrutaré de lo imprevisto. Me siento vivo, conjeturo un leve porvenir, ya veo en la mente una luz nueva, abro una ventana a ficciones que no provienen de mi vida real.

Llego donde hay arenas anaranjadas y blancas. No veo a lo lejos árbol alguno, no hay aves, solo una playa inmensa; presumo que es eterna. Allá lejos hay unas piedras. Esto es un futuro arenoso y estoy solo, pero alegre porque es algo nuevo. Huelo el mar aunque está lejos y todavía no puedo verlo. Caminaré lo que haga falta, al fin

y al cabo, tengo todo el tiempo de este mundo. Quisiera cantar, pero en el aposento negrísimo de mi castigo es mejor mantener el silencio. No sé que sucedería si el Demonio percibiera que puedo crear una playa para mí sin su permiso.

El horizonte amarillo y blanco es vasto; pero como estoy muerto no necesito bebidas ni alimento, tampoco he de cansarme. Mientras el Encargado del cuarto oscuro no me toque o interrumpa, puedo seguir caminando en dirección del mar; pasaré por esas piedras. Cada paso repite al anterior; pero la monotonía no me dobliga. Una brisa salobre y fresca acaricia mi rostro.

Aunque ya reconozco el paso del tiempo, no puedo medirlo todavía. Las piedras ya están más cerca; algo brilla entre ellas. Corro para llegar más pronto; eso le hará bien a mis piernas y al corazón.

Ahí están, a menos de cien metros; todavía brillan. Me acerco: percibo una botella. Está cerrada con una tapa de metal dorado y un sello rojo.

Abuela me leyó todas las Mil y una noches varias veces, cuando no teníamos televisión ni había computadoras. Desde aquellos días sueño con este momento: ¡encontré al genio! Me amenazará, seguramente; ha estado encerrado por milenios. Es como un niño; ha llorado porque lo encerraron; ha rogado mucho para que lo liberen.

Nadie lo ha querido auxiliar, nadie lo ha escuchado. Tras un milenio, secó sus lágrimas y emprendió en insultos; pero el tiempo no le concedió la misericordia requerida. Se llenó de ira; luego aglutinó odio en sus venas. Sé que

Cuentos corruptos

está infectado; querrá matarme, pues no sabe que estoy muerto. Agüe Felicitas me explicó bien cómo domeñarlo; recuerdo su método pero no la delataré, solo voy a aplicarlo.

¡Resultó!, la Agüela lo sabía! He atrapado al Ifrit por un rato; me concederá los deseos. Le haré trampa: el primero es un escritorio con todo lo necesario para la escritura; el segundo es que convierta en realidad todo lo que yo pueda escribir en una hoja por ambos lados; el tercer deseo es el más importante: debe olvidar esto, irse para siempre tras cumplir los dos primeros deseos y nunca buscarme para intentar revancha alguna por mi astucia.

Ese genio ha estado tanto tiempo encerrado que ya no tiene fisga. Sucumbe a mis tretas. Para asegurarme el éxito, lo obligo a firmar un contrato: yo lleno la hoja con indicaciones precisas y él las cumple al pie.

Él impone el tamaño de las letras: me da una hoja con renglones precisos, como aquellos que tenía mi cuadernillo de caligrafía en la escuela.

Cómo se ha enterado de ese cuadernillo es un misterio para mí. Debo escribir en cursiva; llenar la hoja por ambos lados, sin dejar espacios entre las palabras ni usar el punto y aparte. Según dice, puedo invocar lo general, como La Quecura (la palabra la inventó él) pero no debo escribir “queque de fresas o de higos” también me vedado pedir “ese queque específico y particular” que en el momento se me podría antojar. No se me ocurre que me dará si le pido La Quecura esa, pero –“No importa – le dije– yo no te pediré un billete de cien pencos, sino La Riqueza”.

Cuentos corruptos

Estupendo, ya estoy ante la mesa, frente a la hoja con renglones continuos y de puntitos. Primero: saber todo. Segundo: procesar cualquier información o sentimiento a la velocidad en un millón de Yottabits. Tercero: ser inmune a toda enfermedad presente y futura. Cuarto: tener el cuerpo humano mejor proporcionado y más bello que pueda concebirse.

Quizá debería pedir que me transfiriera todo su poder: Lo pensaré; sí, creo que lo pondré al final. ¿Ahora qué más pido? Estos dos renglones contienen todo lo que se me ocurre; bueno, todo lo general, de las cosas particulares podría hacer una lista inmensa; pero la condición que me puso no lo permite. Sospecho que este Ifrit mañoso ha corrompido mis intenciones.

Voy a disfrutar un rato del paisaje; hasta que se me ocurra cómo llenar con deseos esa enorme hoja; si no la completo, todo lo imaginado hasta aquí habrá sido en vano.

LOS HIJOS DE EL ESPINOZO

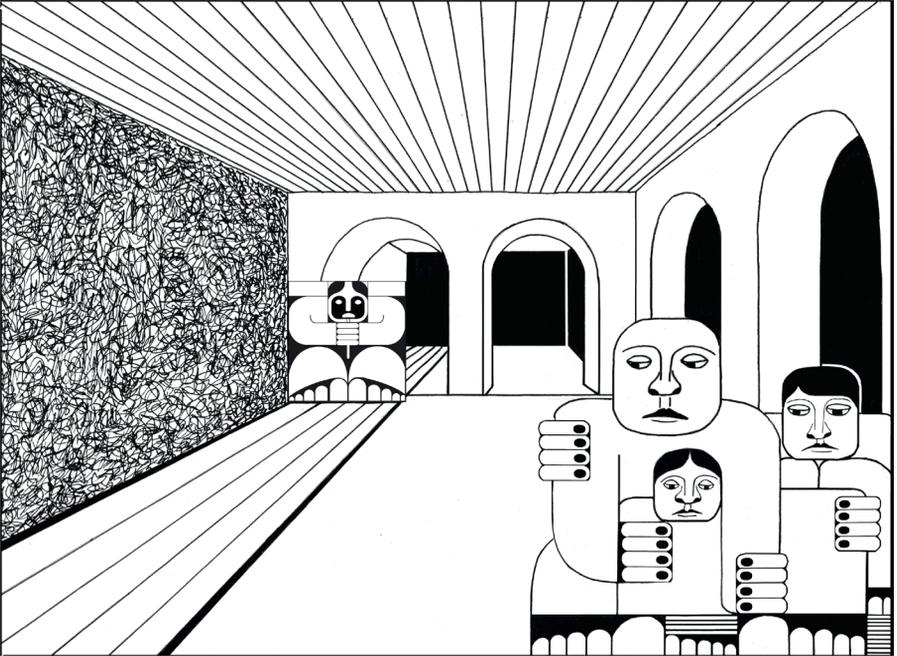
No percibo el paso del tiempo, pero podría jurar que he estado aquí durante varios siglos. Intento hacer planes, ordenar mis deseos, fingir que puedo inventar el futuro. Es una labor ardua. Cuando me desconcentro, se apodera de mi algún recuerdo. Por eso, hace un rato lloré por mi amigo Jorge.

En el barrio lo apodaron El Espinozo; se sonreían y le mostraban la punta de la lengua para acentuar la zeta.

Fuimos juntos a la escuela. Era iluso, simple, pero tenía dotes artísticas y sabía inventar versos que a veces la maestra leía en clase. Don Danilo, el maestro de música, dio melodía a uno donde el sol y la luna inventaban el amor.

Jorge Espinoza eludió el colegio y se fue a trabajar en la costa. Era moreno, alto, cumplido en el trabajo y amoroso con la familia. Su mujer lo dejó por otro. Tras un corto proceso judicial, ella obtuvo el derecho para criar a los hijos, Adriana María y Harry Ernesto. A la jueza no le importó la bondad de Jorge ni que el novio de su excompañera fuera un mafioso con antecedentes penales; tampoco valoró la probabilidad de que, si eran criados por aquel dúo, los niños estarían en riesgo permanente.

La nueva pareja se mudó a otra provincia. No sé de qué forma la señora consiguió una orden de restricción



Cuentos corruptos

para que Jorge no pudiera visitar a los niños. Eso partió su alma y él fue incapaz de soportar la tristeza.

Yo decidí viajar a la costa, para confortarlo. Llegué tarde. Un día antes, mi amigo Jorge Espinoza tomó sin permiso un bote para perseguir al sol.

En la mesa de su casa, la policía encontró los Cantos del padre. Confieso haber hecho trámites inusuales para apropiarme de esos poemas. Ahora, en este mundo oscuro, quiero recordarlos con detalle.

Primer canto: Oriundos

I
lloré al verte
fue de alegría
y algo más que no sé decirte

un estremecimiento
quizá un latido en mis adentros

algo cierto, eso sí

fue como una música
un rayo y abisales fluidos

acababas de nacer
hijo

tan pequeño
...tan inmenso...

me retuviste la noche entera

Cuentos corruptos

te dibujaba
te olía
te abrazaba con esencias y con sueños

¿lo recuerdas?

creo que ya me querías

II

fui ese
que te portaba en brazos

yo andaba
por doquier contigo

y tu apenas arropado
en aquella tela apacible
y un poco perfumada

te alzaba sin prisa
como quien estrena
un orgullo de colores

paterno
burbujeante

completamente cierto

III

mostré al sol tu piel
recién confeccionada
pero solo de cuando en cuando
para que no enrojecieras demasiado
andaba por doquier contigo,
hijo de ayer y de ahora

apenas arropado entonces
con el aroma terso
y las manos diminutas

todavía visto
ese orgullo de colores

es paterno y burbujeante
creo que lo recuerdas o todavía lo intuyes

IV

entraste en este mundo
y quisiera contarlo

tus pies en movimiento
una oreja rebelde
las manitas

entraste en el mundo, hija
y quiero decirlo

hacer una historia con tus cabellos
dibujar tu nariz
la piel
tu presencia

pero eres mayor que mi lenguaje
mayor que la verdad y el firmamento

V

horas tuyas

me florecen en la sombra
y el recuerdo

Cuentos corruptos

tu canto
una muequita
carreras en la sala

un baile sin testigos
y aquel sortilegio de palabras

caramelo tras la siesta
zapatillas, papeles y desorden
ropa de muñeca
un conejo de peluche

horas tuyas hija mía

en la casa de entonces
que ya no habito

VI

memoricé tu llanto
y unas palabras nuevas

los pies
la sonrisa
el cabello alborotado
mi rostro entre tus manos

melodía distante

ahora extraño tus rabetas
tu carita
el tono en que cantabas

así te advierto y te menciono

en espacios cotidianos

en el aire
en relojes y escritorios

me fascinas
me acompañas

hija

pero solo en praderas de la memoria

VII

te reconozco

abres la risa
tus manos caminan por el mundo

retienes la hora
rompes el gris y otras verdades
te arremolinas el cabello
y me atemperas

vieras cómo te quiero, Preciosa

yo
tu padre

Segundo canto: Arrebatados

I

desprovistos de mí
lejanos tras el mar
atrapados

se los llevaron
dijeron que para siempre

Cuentos corruptos

yo puedo imaginarlos
casi aprendí a oler su risa, los abrazos

se los llevaron
se los llevaron

ahora solo puedo presentirlos

están lejos
contenidos en la distancia
cercados por una sombra
que vence y aniquila

así los imagino

pero articulados
en la esperanza

han de volver

como el alba
o aquel idioma de sus manos

II

abominable la distancia
hija de ayer y de siempre

un absurdo

semilla de gritos
rincón de palabras tuyas
advertencia, poesía, chocolate

pobladora inverosímil

Cuentos corruptos

te extraño
con egoísmo de padre

un sollozo, mejor dicho
todo inmenso, todo el mundo

tus carreras en el parque
juegos con arenas

un puñado de muecas
y caricias tuyas
hija mía
en el baúl de la memoria

Mi amigo El Espinozo debe vivir en este Infierno; quizá
para él han inventado penas que difieren de las mías.

“el estúpido es más peligroso que el malvado”

–Carlo Cipolla: Allegro ma non troppo–

–“La Virgencita lo proteja, m’hijito”, dijo L’Agüela antes de que yo fuera a mi último examen de bachillerato.

Me burlé de ella.

En febrero me había declarado ateo. Cuando L’Agüela se dio cuenta, me envió donde el nuevo cura párroco. Miguel había muerto en diciembre, muy viejito; un cáncer de páncreas.

Voy a respetar su memoria; la de ambos. No repetiré la barbaridad que le dije. Fue un ultraje. Pancraccio Celdrán no registra, en su *Inventario General de Insultos* ofensa más ruin que aquella. Ni la peor blasfemia española se le acerca.

–“Esto lo voy a llorar siempre, M’hijito; pero delante de mí ni Usted denigra a mi Dios y a la Virgencita. Aunque se rompa el corazón y toda mi sonrisa, salga de la casa y no regrese”.

No volví a verla, no la visité más y eso es todo. Este Infierno no alcanzará jamás para castigarme.

DE LAS SOMBRAS, POR AHORA

Me siento optimista. Intentaré dar universalidad a un deseo: regresar en el tiempo; el de verdad, eso sí, para volver donde Felicitas y evitar aquel minuto execrable. Pero eso no llena ni un renglón de mi hoja; debo inventar otras peticiones.

Ya inventé una sección para el deporte, otra para la cacería eficaz de renacuajos, las victorias amorosas, una fortuna inmensa, desde luego y tres apartados para evitar los fracasos. ¡Sí, tres!; es tonto imaginar que la inutilidad amorosa puede solucionarse con un solo deseo. ingenié uno para obtener el máximo placer en los besos y en todas las prácticas impúdicas. Depuré el deseo de saber todo. Por cualquier duda, incluí una frase para que tanto saber se actualice y se acompañe con la capacidad para realizar con él todo lo que sea posible. De mi dependerá si lo uso para el Bien o para hacer daño. He imaginado peticiones de jocotes, de cerdos, de gente infiel y de facinerosos. Se me ocurre repetir un pecado maravilloso con AnaRosa, un arroz con palmito que aún deleita mis memorias y una cena en casa de Umberto Bracci.

Tras mucho escribir, tuve que borrar todo. Mis deseos están errados; el Genio los rechaza.

—“¡Ja, Ja y Ja! Nada de eso sirve; yo te concedí deseos Universales, no esas patrañas miserables, empíricas”.

Ahora debo empalmar mis deseos con palabras generales: la belleza, la virilidad, la fuerza. El esfuerzo de escribir tantos vocablos femeninos amenizará extensa estadía en este aposento. Debo ser cuidadoso, evitar palabras con repercusiones indeseables.

Requiero una pausa. No creo que a Ifrit le importe la espera; al fin y al cabo, ya se aburrió bastante en su botella. Mientras espera, puede ponerse al día; buscar datos en la Web, satisfacer deseos carnales.

Para alentarme, me ha hecho un regalo: ya reconozco el ahora, el ayer y hasta puedo levantar una agenda para los viajes que haré luego, cuando él desaparezca.

Imagino la posibilidad de mudarme a un lugar más bonito que este NegroTremebundo. Quizá hasta consiga que valoren la muerte de mi vecino como una labor necesaria y de beneficio público. Conocí a un político que escribió un memorando criminal contra el pueblo. Lo castigaron: tuvo que dejar su puesto para convertirse en Embajador Plenipotenciario en un país muy rico. Años después pudo regresar. Varios periodistas promueven ahora su nombre para heredar la silla de El General. Si eso pasa allá, donde todo es posible todavía, mi perdón podría hacerse efectivo aquí, donde todo es macizo y negro.

Ω Ω Ω

¡Oh, no! El Rey De Los Infiernos acaba de entrar en mi celda. No lo veo; ni siquiera puedo imaginarlo, pero su presencia es contundente, absoluta, tremebunda. No habla, pero lo escucho. Me ha engañado, se burla; es el Ifrit.

Cuentos corruptos

Identificó mi poder imaginario y sus alcances; cerró la playa de arenas amarillas y blancas. Para ÉL, mi fantasía es un descubrimiento maravilloso; lo ha hecho gracias a una Ambición que Dios le prohibió usar hace milenios. Habrá consecuencias; pero no podré dar noticias al respecto.

“Tu voz me avasalla; Demonio espantoso; hoy temo más que nunca. Perdóname, devuélveme al Mundo. Ya sé que esto no pasaría si, en vez de invertir en una pistola con veinticinco balas, yo hubiera construido una tapia muy alta”.

No hay respuesta. Siento El Frío; un Dolor universal, El Terror.

Para darse placer y provecho El Aterrador de Mil Nombres está robándome la facultad de fantasear. Se propone reinventar a Dios y a sus ejércitos; quizá encuentre la forma de llevar este libro a los estantes. A mi, entre tanto, planea desvanecerme cual sombra entre las sombras.

Pobre Diablo; tarde o temprano entenderá que esto es otra broma DelTodoPoderoso. Yo he sido su instrumento y su palabra.

Ω Ω Ω

Acaban de rescindir mi tiempo para contar historias. Con ignoto destino y tomados de la mano, el vecino y yo atravesamos en este momento la puerta del Averno. Su perro jadea feliz a nuestro lado.

ÍNDICE DE IMÁGENES

Horizonte	07
La amante del pianista	11
Eva	17
Luna liberiana	23
Espejismo	31
Conjura	67
Concierto	89
Buscando la luz.....	99
Arcangel.....	107
Beatrice	115
Punto De Fuga.....	145



Esta primera edición de *Cuentos corruptos*,
de Álvaro Zamora

se terminó de imprimir en los talleres de



Noviembre, 2020
Tiraje de la primera edición: 100 ejemplares